


VARGAS VILA

POEMAS
SINFÓNICOS

B 39-F

POEMAS SINFÓNICOS



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Poemas Sinfónicos

POR

VARGAS VILA

MUSEU CENTELLAS



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones
de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio
en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

MUSEU CENTELLAS

EN LOS JARDINES DE EROS



En los Jardines de Eros

I

Tus pupilas, semejaban esa tarde, dos violetas que el crepúsculo hacía tristes;...

un crepúsculo amoroso, que en tu almohada deshojaba muchos besos, como rosas en sus lentas agonías...

el azul de tus pupilas, que se ahogaba en el crepúsculo, era oscuro como el ala de un cisne negro, extendida sobre el lago,

en esa hora inexpressable, en que el Silencio duerme, en las corolas de los ninfeos pálidos; exhaustos corazones en destierro..

la cólera y los celos, hacían torba tu mirada; una gran agua turbada por el viento, parecía;

desnuda, como el mármol de una Victoria, de antigua memoria, a la cual el tiempo rompió las alas, que protegían la Ciudad;

como una perla, que la tempestad arrojó sobre la arena; llena de una belleza helena, soñabas con tu rencor inícuo, bajo el rayo del divino sol oblicuo;

del edredón forrado en rojo, sobre el blanco plumaje, emergías, como una Diana, dormida sobre el follaje, purpúreo de una selva autumnal;

había mucho de salvaje en tu actitud altanera; mitad diosa y mitad fiera;

pero había más de pantera que de diosa, en tu mirada de mujer celosa;

no eras bella así;

y, en cuanto a mí, te hallaba simplemente odiosa;

al verte inerte, fui feliz, creyendo que la Muerte, te había herido en tu lecho de Lujurias;

tus hermanas las Furias, tardaban en llevarte al Erebo;

estatua del Pecado, tendida en un sepulcro...

estátua del Deseo, sumida en la quietud...

desnuda como un nardo, sobre el fondo escarlata..., que no quiso servirte de ataúd...

¡cómo la Muerte es esquivia!...

¿por qué es necesario que el Mal, viva?

tus grandes ojos se entreabrieron...

los abismos del Mal se enternecieron...

se distendió la curva de tus labios; cansados del Silencio, después de los agravios...

como un ritmo de serpiente entre el bosque, tu cuerpo se movió, en las penumbras del cortinaje; con una gracia perezosa, en un bello gesto lascivo, lleno de encanto animal...

y, sonó tu risa de cristal;

irónica?

cínica?

a mí, me pareció brutal...

¿por qué se animaron tus pupilas, que semejaban aguas muertas?

¿por qué hablaste?

¿qué dijiste?

hecha divinamente triste....

y, otra vez fuiste bella...

y, en tus ojos de estrella, tu espíritu pro-
teo, prendió otra vez los fuegos del De-
seo...

y, tus labios ambiguos, prometieron los
besos, esos besos antiguos, besos llenos de
perversidades y, de refinamientos...

y, en el fondo turbado de tus pensamien-
tos, surgieron las escenas mal sanas de las
viejas orgías...

y, tus manos vacías, se extendieron ha-
cia mí...

y, me atrajiste...

y, me besaste...

y, me venciste...

perdoné tus agravios;
sobre tus labios,
sobre tu seno,
bebí el veneno
cálido y triste...
que tú me diste...
y, abyecto, y miserable, y sin Honor;
el Placer me venció, que no el Amor...
y, en los brazos mefíticos del Vicio, ce-
lebramos el nuevo Esponsalicio...

II

El crepúsculo amatista, como el alma de
un geranio, en el cielo se moría...

y, envolvía la Ciudad en el manto sin-
fonista de su gran duelo calmado...

hora místicamente triste...

en esa iluminación de vieja acuarela, apa-
reciste...

con tus ojos de miosotis, tus cabellos de
oro viejo, y el reflejo espiritual de algo
muy noble en el porte distinguido de tu

cuerpo alto y erguido, principesco y, señorial...

llevabas tu cabeza como una hostia, con el supremo orgullo de tu raza, una raza de Honor...

tu silueta exquisita, semejaba un pistilo de flor;

¿por qué adiviné en tus ojos, el resplandor siniestro del adorable Amor?

del Amor Insondable!...

tenebroso, insaciable

esa serpiente alada, que vuela, y, que se arrastra...

que no se sacia nunca...

que no muere jamás!

¿por qué, tu altivez, inmutable y, soñadora, se detuvo ante el viajero triste, que tantos años separaban de tu radiosa ado-

lescencia, y, que miraba pasar tu Belleza, como un buitre vencido, mira en el fondo de un lago, el resplandor de una estrella?

¡fué triste nuestro Idilio! ¡triste y breve!

la copa de mis labios, bastante fué para apagar tu sed...

pero, ¡ay! mi corazón amortajado, no pudo vivir para el Amor, que no vino entonces, que no ha venido nunca, que no vendrá jamás...

y, fatigados de las fiebres encantadoras que el Imposible aviva;

ebrios del secreto doloroso de nuestro Amor;

torturados por el veneno mortal de nuestros besos...

exhaustos del goce letal de las caricias...
la Piedad, por nosotros mismos, nos ven-
ció...

y, nos separamos;

un día, en una hora de obscuridad y, de
Dolor... nos dijimos: ¡Adiós!...

se fué tu juventud, en las tristezas de su
Inmutable Sueño...

«llevando mi imagen en el turbado es-
pejo de tus ojos»;

y, «en el abismo del corazón sin cal-
ma»;

así me lo dijiste;

¡en tus ojos, donde se ahogó el último re-
flejo de mis sueños!...

en tus ojos, que poco después, se habían
de cerrar para siempre, en las riberas de
un canal dormido, en la ciudad, de los li-

rios lacustres, y los divinos sueños de cristal...

avivada tu Voluptuosidad por los mirajes, de las obscuras aguas tornasoles...

pensando en los estremecimientos de la fiebre, que hacía temblar nuestros abrazos...

en las voluptuosidades, tan divinamente crueles, que hacían sangrar nuestros labios...

y, triste, de la esquivez helada de este corazón...

mundo sin Vida, donde el Amor, no ha pasado nunca... no pasará jamás...

III

Acaricia las melenas de ese león viejo
y, vencido, que nadie ama;

acaricia sus melenas;

y, el secreto de sus penas... no lo digas;
no lo digas...

pon tus dos manos amigas, en la frente
del salvaje Solitario, que no tiene más corona
que el silencio de los montes;

los siniestros horizontes del crepúsculo incendiario
que reflejan sus pupilas;

apágalo;

inclinando sobre ellas, las tuyas tan tranquilas;

con la serena limpidez de un lago, coronado de estrellas;

el halago de tu voz, apague el estertor de su rugido...

¡pobre león vencido, que no tuvo otro encanto, que la emoción suprema del combate y, el espejismo audaz de la Victoria...

sobre su frente triste, en ese Poniente de la Vida y, de la Gloria, lleno aún del rumor de los agravios... pon tus divinos labios;

¡labios puros, como los albos nardos, y, los lirios!...

apaga los delirios del león en agonía, poniendo la corona de rosas de tus besos, llenos de tan ideal Melancolía, sobre aque-

lla cabeza, por tantas tempestades consagrada;

adorna con las rosas de la ternera, la melena hirsuta, encanecida...

y, que muera de rosas coronada, la pobre fiera que cayó vencida.

IV

El estanque...

¿lo recuerdas?

era obscuro y, enigmático;

silencioso como un Símbolo;

pesado de Misterio...

doliente y pálido moría el crepúsculo...

azules, lánguidas, las ondas se dirían hechas de átomos de almas, ahogadas en su seno;

florece la luna;

iris cándido en el azul lejano;

el sueño del agua se hacía tétrico bajo el reflejo de oro de los cañaverales, que se inclinaban a su orilla, con una gracia de adolescentes pensativos...

los lises acuáticos, se cerraban lentamente, con una suave gracia de holocausto;

bajo la sombra de los sauces melancólicos, el reflejo inquietante de las aguas, proyectaba ramajes angustiosos...

¿por qué absortos, a la orilla de ese lago, pensamos en la Muerte?

el silencio del agua parecía reproducir el silencio de nuestros corazones, sacrificados por los voraces deseos; la tristeza de nuestros ojos, quemados por los áridos llantos; la amargura de nuestros labios, fatigados por los ávidos besos...

y, nuestra sed de Olvido, inagotable...

fué, locos por esa sed, que nos dijimos—

«Seremos dos nenúfares del lago, ahogados en sus ondas cristalinas»...

y, desnudos como dos lises, nuestros cuerpos se deslizaron bajo el azul oridratado de las ondas...

hidratizada tu Belleza, eras, como una blondez más en el crepúsculo;

la sombra adolescente de tu cuerpo, hecha de luz de luna parecía...

rosa de ámbarés y, argéntos líquidos...

bajo las olas...

entre mis brazos...

lentamente a los regazos de la Muerte descendiendo...

¿por qué tembló tu juventud?

¿por qué en un ímpetu animal, te des-

prendistes de mi abrazo y, ganaste la ribera?...

era el amor de la Vida, el que guiaba tu paso...

tu desnudez temblaba en el ocaso opalescente...

gritastes, me llamaste, y, tu voz estridente, corrió por la campiña muda;

cuando otros vinieron en tu ayuda, yo salí sonriente de las olas; burlando tu temor alucinado...

¡ah! si te hubiese sido dado, medir el desprecio que entonces me inspiraste!...

desprecio que no ha muerto todavía...

¡ah! mi Amor, lo mató tu Cobardía...

mucho tiempo buscaste mis labios, sin hallarlos;

buscaste mis brazos, sin encontrarlos...

y, si alguna vez volví a abrazarte, fué haciéndome el sueño vago de gozarte en el fondo de un lago...

y, violar tu cadáver, bello, como un lirio de Lujuria, bajo las ondas de ese estanque en furia.

V.

Amo ver tu retrato, lleno de un tan límpido sueño de Soberbia;

¡fantasma de un momento, que embelleció mi Vida!

¡fantasma turbador! ¡tan joven, y tan triste!...

¡enigma de tus ojos, extraños, soñadores!
enigma de tu boca, pálida y claustral;
el Silencio, te envolvía, como un perfume acre;

el Orgullo, un Orgullo divino, era tu manto;
fué ese Orgullo, lo que amé;
vencer ese Orgullo, fué mi Gloria...
y, esa mi culpa;
no me perdonaste haber vencido...
no te perdonaste haber caído;
y, no pudiendo huir de tu falta, huiste de
Mí...

como de un Remordimiento;
y, es por esa esquivéz, salvaje y soberbia,
que vive tu recuerdo en mi corazón,
donde tan pocas cosas viven...

y, deseo aún, tu palidez de estatua, tus
ojos enigmáticos, casi trágicos, la escasa
sonrisa de tu boca imperiosa, el encanto
real y esquivo, de tus formas sin belleza,
en las cuales no parecía palpar sino el
ritmo de tu Orgullo;

un instante, no más, temblaste entre mis brazos, en el vértigo de tu carne rebelde; y, el Orgullo, de ese vencimiento de tu Orgullo, vive en mí, con trepidaciones de sueño heroico y, brutal...

un resplandor de Odio, atravesó por tus pupilas vencidas...

y, hoy, acaricio más, la imagen de ese Odio, que las de todos los amores, que llenaron después, mi corazón...

y, el recuerdo de los fríos y, escasos besos de esa hora, atraviesa mi Vida, con el encanto exasperado, que hubiera sentido Nerón, si hubiese podido violar a su pantera preferida, y, la hubiese oído rugir, en el momento de violarla.

VI

Cantaba el Golfo sonoro, lleno de Melan-
colía, una extraña Sinfonía, en Sí bemol;
se moría un crepúsculo de oro;
como un blondo Dioscódro, en la are-
na, caía el Sol;
en calma olímpica;
hierática, en el cielo solitario, como una
C, mayúscula, en la página de un antifona-
rio, aparecía la luna;
sobre la duna esplinética, que semejaba

el seno de una Mujer tísica, proyectaban la sombra de sus alas, las aves acuáticas, que en vuelo lento, ganaban el peñón cercano;

el lejano monte, que limitaba el horizonte, parecía un fraile estafalario, volviendo como hojas de un Breviario, las visiones de aquel panorama;

en la rama de un arbusto, cantaba un ruiseñor;

¿qué decía ese Tenor, adusto y salvaje?
sinfonizaba el alma del Paisaje...

dejaba caer sus notas de cristal, como caen los pétalos de las rosas de un rosal;

desgranaba su rosario de arpeggios, como florilegios de cosas ideales...

¡silencios siderales!

¿quién violó la pureza de ese paisaje?

y, la calma salvaje y, noble de aquella
soledad?...

.
mis manos, en tus manos;
mis ojos, en tus ojos;
mis labios en tus labios;
¡la azul Inmensidad!...
nuestro vértigo
como un cántico,
turbó la Noche;
en tus pupilas, había más sombras que
sobre el Mar...

.
Posilipo, se iluminaba, allá en la lejanía;
la playa era una cinta de cinematografía.

Partenope.

Chiaia.

Mergellina...

la colina donde duerme Virgilio;
 las islas de la Prisión y, del Exilio.

Nisida, muda.

Prócida, como una viuda desamparada y
 sola.

Casamicciola, mostrando el vientre abier-
 to de la tierra que devoró sus hijos;

los prolijos torreones de *Ischia*;

en la calma marescente, *Capri*, como una
 rosa azul, en el Poniente;

tal era el panorama evanescente que sir-
 vió de testigo a nuestro Amor violento, cuan-
 do ajé tu pureza, en la agreste belleza, de
 las divinas playas de Sorrento...

.
 y, cuando regresamos...

separados los dos; después de habernos
 dicho, ¡adiós! en un beso cruel;

y, entramos al Hotel;

y, tu padre te besó en la frente, acariciando con un gesto inocente, tu talle, que yo acababa de ceñir;

y, tu madre, puso sus labios en tus labios, que en locos excesos, acababan de sufrir los agravios de mis labios, y, acarició tus cabellos, tan bellos, después que yo, había puesto tantos besos en ellos...

en aquel cuadro de Pureza, me pareció aún más bella, tu Belleza;

y, sentí, el satánico Orgullo, de haber profanado el cuerpo tuyo...

.
hoy, he vuelto, después de tu partida a la playa querida;

y, hallé el estuario, como un sudario de arena;

tan triste, tan solitario, que una gran pena se levantaba de él...

una pena, muy cruel...

la pena de la Ausencia...

y, sin embargo, parecías llenar el lugar con tu presencia...

y, surgir del paisaje opalescente, la sombra de tu cuerpo adolescente...

de tu cuerpo desnudo, al cual mi cuerpo, le sirvió de escudo...

y, el vértigo;

del Pasado...

tan amado...

me invadió...

VII

¿Y, ese lis que alza en la sombra su corola perfumada?

en el pórtico de la tarde azul, anaranjada, como un vapor de lago...

tiembla en la sombra del miraje undivago;

¿es un cirio?

¿es un lirio?

¿una estrella?

¿una flor?

brilla en la calma maravillosamente bella; con un fulgor adorable;

tiembla en el crepúsculo...

se abre como el divino broche, de un narciso, suspendido en los labios de la Noche...

rosa del Paraíso....

en el espejismo, del Abismo;

¿qué es eso?...

el fantasma de un beso;

del beso que me diste, aquella tarde triste, a la orilla del Tiber, cuando ardía, con una gran melancolía, en su límite el Sol;

y, bajo los cielos espléndidos del Lazio;

era la cúpula de la Basílica de San Pietro, como la empuñadura de un cetro de topacio, que saliera de la tierra, hacia el espacio, brotando de la tumba de un Rey,

hace mucho acostado entre los muertos;

¡los divinos desiertos de los cielos, tan altos, tan serenos, tan sonoros, magníficos en los oros en que los envolvía el reflejo complejo del Sol, que se moría;

nuestro amor adorable, era culpable;

y, esa culpa, era su encanto...

nunca se goza tanto, como cuando es sobre un lecho de violaciones, que podemos saciar nuestras pasiones;

violación de las leyes divinas;

violación de las leyes humanas...

violación de las leyes arcanas que rigen nuestra Vida...

la Naturaleza, no nos es verdaderamente querida, sino cuando es violada, por una pasión desenfrenada, y palpita en nuestros brazos, profanada por nuestros abrazos, por

los excesos criminales, de nuestros besos irracionales, que rompen la sabia armonía de su corazón, en mil pedazos...

cuán bello, era el oro incandescente de los astros, reflejado en tu cabellera marescente, que aún llevaba los rastros de nuestro loco amar...

que temblaba brutal y violento, como un mar...

en el Silencio crepuscular; del momento...

sobre los céspedes;

bajo los árboles...

.

¡cómo era bello el crepúsculo retratado en tus ojos!...

como un corpúsculo moría en ellos el día, con los despojos de todas las claridades...

¡oh! divina ebriedad de las ebriedades!...

.

sobre el Gianicolo, en su corcel bélico,
 Garibaldi era como un fantasma épico, di-
 luído en el purpúreo cielo, proyectando su
 sombra, sobre dos mundos...

cantaba el Silencio, sus himnos profun-
 dos...

perfumes de rosas bajaban del *Pincio* :

las olas del Tiber corrían por la alfom-
 bra...

la grave avenida nos daba su sombra...
 el *Viale dei Parioli*, nos daba su abrigo...

blanduras de lecho el follaje amigo...

¡oh, recuerdo suave de aquella hora gra-
 ve, en que ébrios de Amores, quisimos mo-
 rir...

.....

en este instante...

de amargura;

ya tan lejos de esa Ventura...

dame los reflejos de tu locura...

¡para poder vivir!...

VIII

Silenciosas horas lentas...

una gran Melancolía, en los cielos y, en los aires, y, en la playa, difundía su avidez crepuscular...

por el gran balcón abierto, con los ruidos del concierto de la Mar, llena de voces afines, penetraba aéreo y alado, el céfiro perfumado de jazmines...

se respira el aliento salobre de las ondas;

~~~~~

fingía rondas en la alfombra, la sombra  
 del ramaje, que se movía afuera;

el cortinaje era, como una penumbra leve  
 en la cual jugaba, un rayo de luna, blanco  
 como la nieve;

tu cuerpo, reclinado a lo largo, en una  
 otomana, parecía el de la Venus de Cá-  
 nova, para el cual, la hermana del César,  
 sirvió de modelo: Paulina Bonaparte;

todo el Arte, y todo el Ritmo de la Es-  
 tatuaria, estaba en la Escultura suntuaria  
 de tus modelaciones;

en la actitud grave, y, la euritmia divina  
 de tu belleza suave...

suave, como esa hora vespertina, evanes-  
 cente en el seno del Misterio...

llena de la mística armonía de un Sal-  
 terio...

---

nuestras almas, a solas, escuchaban el vago canto del deseo y, de las olas;

y, sentían el estremecimiento furtivo, que venía del cielo pensativo, del aire vivo, del mar lascivo... como un contagio...

porque las nubes, las brisas, y las olas, cantaban el adagio obsesionante de la Voluptuosidad;

de cuyo aliento estaba llena la Inmensidad;

y, la Noche de Primavera, que cantaba en la ribera, dulcemente, dulcemente, como un ruiseñor ardiente;

y, entraba en nuestras almas, sacudiendo las calmas de nuestros pensamientos, con voces, que más que cánticos, parecían lamentos...

lamentos, arrancados a leones acosados;

---

arrancados, a las malas pasiones de todos los corazones;

arrancados, a los peores instintos, exasperados;

arrancados, a los deseos, palpitantes como trofeos;

arrancados, a los ímpetus de nuestra Lujuria, que aullaban con furia, como lebralles atraillados;

en nuestras miradas;

en nuestras palabras entrecortadas;

en la inquietud impudorosa de nuestras manos;

en nuestros alientos malsanos, y brutales, llenos de las más bajas pasiones animales...

. . . . .  
. . . . .

---

de rodillas, al pie de la otomana, yo acariciaba tu Belleza Soberana;

tu Belleza Esplendente, que se dejaba amar fervidamente;

y, te decía:

—He aquí la Noche, Amada mía; la Noche que abre su broche, y, se entrega al Espacio que la viola;

¿no estás contenta de estar sola, sola en mis brazos?

ceñí con mis brazos, tu cuello;

besé tu rostro bello lleno de un éxtasis fatal;

desanudé tu cabellera fluvial, que parecía la crineja de una joven leona;

y, cuando desnudé tus senos de Pomona virgen, mil vidas vivieron en tus ojos entrecerrados...

---

besé tus párpados semientornados...

y, mis labios avezados, comenzaron la gama de las caricias, que iban subiendo y, subiendo, en crescendo, en crescendo, en el diapasón de los goces refinados, infinitos...

temblabas, como una corza herida, en el anhelo y, en el presentimiento de esa hora, desconocida, que llegaba, e iba por siempre a lacerar tu Vida...

tenías un gesto de oblación, en esa ardiente mansedumbre de paloma, que parecía decirme:

—Toma... mi Belleza; desgarra mi Pureza; enséñame eso, que se llama el beso; no el beso pasajero, que se posa en los labios, como un pájaro, en un alero, sin imponer agravios; quiero el beso profundo; aquel que hace perpetuar el Mundo;

besé tus ojos;

besé tus labios;

besé tus pechos...

hechos perfectos al hacerse erectos, en una plenitud desconocida, llena de los temblores de la Vida;

recorrí el ardor de mi beso profanador, por todos los senderos de tu cuerpo de flor...

te viste desnuda, como la Noche muda, que nos miraba;

tal vez, amaste tu desnudez...

aún era casta, como la vasta irradiación lunar, que nos venía a alumbrar;

me acerqué más a tí;

mordí tu boca en el supremo anhelo...

desmayó tu mirada enamorada...

y, abriste tus ojos como un cielo...

.....

y, yo, temblé, asustado entre tus brazos;  
me separé de tus abrazos, espantado, des-  
armado, vencido...

hecho casto, como un Cristo...

¿qué había sido?

que al inclinarme sobre tus ojos, había  
visto en ellos, retratada otra imagen ado-  
rada... que mucho se te parecía...

la imagen de tu madre muerta...

que había sido mía;

que yo había amado; que se me había  
entregado en ese mismo sofá, donde ya-  
cía tu belleza...

en esa misma hora, encantadora, llena de  
melancólica tristeza;

en el Estío pasado;

en ese mismo Hotel;



ante ese mismo Mar, ahora calmado;

• • • • •

el recuerdo cruel, de la noche que la ha-  
bíamos velado, en ese mismo aposento, sur-  
gió en mi pensamiento, extinguiéndose en  
mí, todo Deseo;

• • • • •

aún te veo, puesta en pie, cubrir tu  
desnudez, como un gesto lleno de alti-  
vez...

arreglar tu cabellera, como si fuera la ci-  
mera de una diosa;

y, pálida, orgullosa, no queriendo llorar,  
abrir la ventana, y, acodarte en ella, ante  
la noche, soberanamente bella, que conti-  
nuaba en cantar...

---

la Noche, ignota...

la Noche, incierta;

que alumbraba mi derrota...

¡la Victoria de una Muerta!...

## IX

Un gran cisne, cisne negro, silencioso, prisionero en la nieve inmaculada, de algún lago limpio y terso, semejaba en la almohada, tu cabeza escultural, toda oculta, en la opulenta cabellera destrenzada, que en mil ondas tumultuosas y soberbias, ondulaba cual las aguas de un torrente, tras un recio vendabal;

un gran lirio, lirio abierto en la fronda lujuriente de un remoto país de Ensueño,

---

bajo un cielo en nubes pálidas, de un color límpido azul, tu albo cuerpo semejaba, en los nítidos encajes, y, los amplios cobertores, y los tenues cortinajes, que ligeros y ondulantes, te envolvían en una nube, de opalino, índigo tul;

un pichón de garza blanco, con el pico rojo y suave, como el pecho de alguna ave, de esas aves que semejan bellas flores de la escarcha, de esas aves de la Idalia, que acompañan en su marcha triunfadora, a la Diosa del Amor, asomaba un solo pecho, de las gasas escapado, de las gasas del tocado, del tocado que deshecho, permitía que así brotara, esa flor divina y rara, semejan-do entre las blondas, un nenúfar en las ondas, o algún níveo azahar en flor;

una mano de alabastro, blanca y tersa,

cual si un astro, con luz tenue coloreara  
ese cutis de marfíl, en los rojos cobertores,  
que ocultaba tus primores, me indicaba, ¡oh!  
mano blanca, por qué Venus, la de Milo,  
está trunca y está manca, pues sus bra-  
zos y sus manos, en belleza soberanos, tú, los  
tienes, y el Destino, los había hecho para ti;  
un silencio rumoroso, idólatra, religioso,  
un silencio de Santuario, había en torno a  
ese Sagrario, donde inerte y descuidada,  
¡oh! mi Diosa; ¡oh! mi Adorada, indolente,  
dormías tú;

y, en la atmósfera, vagaban mil perfumes  
que embriagaban;

y, en los ruidos vagarosos, había besos  
amorosos, que vibraban y, cantaban, en el  
rayo de la luz;

de rodillas, ante el lecho, con las manos

en el pecho, conteniendo los latidos de mi pobre corazón, yo, en silencio te adoraba, y en silencio recordaba, que esa noche ya pasada, ¡oh! mi blanca desposada! te dormiste entre mis brazos, y, al reclamo de mis besos, y al calor de mis abrazos, se abrió tu alma a mis caricias, de tu amor con las primicias, como al rayo del Sol fúlgido, la rosa abre su botón;

y, al mirarte así Rendida, recordándote vencida, busqué un sitio, y, a tu lado, yo el león domesticado, la cabeza recliné....

y, pensando en el Hastío, y el Olvido, hosco y sombrío; y, pensando en que pudieras olvidarme, o yo perderte, tuve miedo de la Vida, sentí anhelo de la Muerte.

lloré mucho; y, en Silencio; en Silencio la imploré.

## X

En el mar de lo Infinito, boga y llega el Mensajero; el bajel que trae la Noche; tenebróso como un muerto, lentamente va avanzando, con sus velas de Misterio... ¡el bajel que trae la Noche!... ¡tenebróso como un muerto! ¡oh, las tardes del Otoño, precursoras del Invierno!... ¡Cómo cantan con sus ritmos

---

de colores, en los mares, y, en los cielos!

¡oh, las tardes del Otoño, las auroras del Invierno!

ya el Crepúsculo se muere en la sombra y el Silencio!...

¡oh, la muerte del Crepúsculo, el Poeta del Ensueño...

ya se besan en la sombra, en divino Epitalamio, las estrellas soñadoras, y los pálidos geranios, cuyos pétalos, muy tristes, van cayendo lentamente, como sueños que se mueren en su nítida blancura;

¡oh, los sueños de las flores!

¡oh, la muerte de los sueños;

a la luz del Plenilunio, albas rosas de la tarde, van abriéndose como almas, que escucharán en su angustia el coloquio



formidable de la Sombra, y el Misterio...

¡oh, las rosas de la Tarde!

¡oh, las rosas del Silencio!

¡oh, la Amada, de mi Vida! ¡oh, la Amada de mis Sueños!... ilumina este crepúsculo, con la lumbre de tus besos!... de tus besos, que son astros...

y, el perfume de tus labios, caiga en mi alma, como un bálsamo de Ventura, y, de Sosiego...

¡oh, los rojos tulipanes de las frondas de tus besos!...

¡oh, la Amada!

¡oh, Bien Amada!...

ven, reclina tu cabeza, tu cabeza triste y, blonda, como el halo de una estrella; ven, reclínala en mi pecho;

---

¡tu cabeza perfumada por los místicos Ensueños!

¡oh, tu pálida cabeza!

¡oh, mi Reina, coronada con las rosas  
entreabiertas en praderas ignoradas, y, el  
silencio de las selvas;

de las selvas, que te guardan su perpetua primavera;

de las selvas donde viven mis Ensueños  
de Poeta!...

tu cabeza, con un nimbo de jazmines y,  
violetas;

que me toque la caricia de tus grandes  
ojos tiernos; algas verdes que se mecen  
en los mares muy remotos, de la Gloria  
y, del Ensueño;

que me toque con sus alas, tus libélulas  
de fuego;

---

¡oh, los ojos de la Amada, misteriosos y serenos;

playas tristes, donde mueren las oleadas del deseo!...

que los lirios de tus manos, cual capullos entreabiertos, como brisas perfumadas, como rayos de un lucero, se deslicen en la selva autumnal de mis cabellos, y, seren en mis pasiones tempestuosas y, soberbias, y, dominen la Implacable Rebeldía de mi cerebro;

mi cerebro, que es tu Arca;

mi cerebro, que es tu Templo;

mi cerebro, donde imperas tú, mi Diosa, entre la mirra que te queman mis pasiones, y, los cirios del Deseo, y mis himnos amorosos, y el perfume que te brindan las corolas de mis versos...

---

y, una flor que se abre augusta, con sus  
pétalos soberbios; una flor en holocausto  
ante Tí: mi Pensamiento;

¡oh, los lirios, de tus manos, domadoras  
del Deseo!...

¡oh, los cirios de mi Templo; y, las rosas  
de mis Versos!...

por las flores del Crepúsculo;

por las rosas del Silencio;

por las algas de tus ojos;

por las frondas de tus besos;

ven, reclina tu cabeza, en la sombra de  
mi pecho...

¡bien amada! ¡bien amada!... ven, te es-  
peran ya mis besos, que murmuran como  
olas en las playas del Silencio;...

¡bien amada! ¡bien amada! ven, res-  
ponde a mi Deseo;...

---

ven, unamos nuestros labios, en un beso  
que sea eterno...

ven, y unamos nuestros cuerpos, cual dos  
llamas de un incendio;

• • • • •  
• • • • •

ven, mi Amada, que es la hora;  
ven, mi Amada, que aún es tiempo;  
¿tú no sientes cómo pasa la caricia del  
momento?

ven; y amémonos;

aún es hora...

ven y, amémonos, que aún es tiem-  
po...

aún hay flores en el bosque;

---

aún hay luces en el cielo;  
aún hay sangre en nuestras venas, y, pal-  
pitan nuestros besos...  
son las tardes del Otoño, precursoras del  
Invierno...  
ven, tus ojos agonizan en las ansias del  
Deseo...  
aprisione yo tus manos, y tus labios y  
tus senos; y te brinden sus perfumes, las  
corolas de mis versos;  
es la hora del Crepúsculo...  
todo se hunde en el Silencio...  
es la tarde en nuestras almas... y, la No-  
che avanza presto...  
nuestras vidas, ya se pierden en los valles  
del Misterio;  
aún dibuja la ventura, un miraje en nues-  
tros cielos;

es la hora de las almas...

es, ¡la hora de los besos...

ven, y, reposa tu cabeza blonda, sobre  
mi ardiente pecho de Poeta;

ven, y reposa tu cabeza blonda, como una  
mariposa en una flor;

y, que me bese de tus ojos verdes, la ca-  
ricia perfumada y, tentadora...

¡oh! la caricia de tus ojos verdes! la cari-  
cia furtiva de la ola!

deja que estreche los capullos blancos, de  
tus pálidas manos de azahar...

y, deja que en el lirio de tu rostro, la  
sombra de mi rostro se proyecte;

y, que caiga mi beso entre tus labios, co-  
mo el nido de un pájaro en el mar;

que me bañe la Gloria del Crepúsculo,  
que irradia tu opulenta cabellera...

---

que te cubra con mis labios, con mis brazos, con mi cuerpo...

ven, y unamos nuestras bocas, en un beso que sea eterno...

ven, y unamos nuestro cuerpo, cual dos llamas de un incendio.



## XI

La Tarde violescente, reflejaba tristezas mudas, de mujer violada, y, una ternura equívoca y cansada, la ternura asesina, de una vieja concubina, que teme ser abandonada;

era, atractiva y hostil; bella, y odiosa;

por sus celajes de oro, por el tesoro de sus azules calmas, se diría llamada a consolar las almas;

por sus frías languideces, llenas de un há-

---

lito otoñal, cuasi de Invierno, cambiaba su aire tierno en una hostilidad fría, de sudario;

¿por qué era necesario, que vinieras a esa hora desolada y traidora, a perturbar el Silencio, que me envolvía como un claror de luna?

apareciste como una visión Simbólica; tan triste, tan enigmática...

te insinuaste como una armónica onda, a través de la fronda musical, en el recogimiento sonoro, que palpitaba como una ala, sobre el paisaje de oro...

emergió tu silueta en el fondo violeta de la decoración, como el perfil vago de un cisne, sobre un lago en desolación;

hablamos...

¿qué me dijiste?

---

la escala de todo lo triste, la gama de todas las modulaciones angustiosas vibró en tu acento...

el milagro violento de tus veinte años profanados por los sueños extraños y dolorosos, de aquellos corazones desgraciados, que aman el solo Amor que mata sin morir, brillaba en el misterio cambiante de tus ojos oscuros, entristecidos de no ser ya puros, en el rojo pálido de tus labios, que a esa tan tierna edad, eran ya sabios en los besos de fuego sin pureza, que manchaban la belleza de la boca, sin hacerla gozar; en el halo lunar de tus cabellos, que fingían un ritmo lento y, suave, de fulgores de Sol, al inclinarte en tu tristeza grave, sobre el espejo de la fuente, que era como el reflejo evanescente de un crepúscu-

---

lo ajado, en el cual como en un sueño de cristal, se veían las tenaces obsesiones de todas las desolaciones de tu Vida...

me mostraste tu herida incurable y sombría...

había, no sé qué vago encanto, en ese jardín de llanto, que era como una gran avenida de Melancolía...

yo, la hallé bella, bella para mis ojos solitarios, que tienen la voluptuosidad divina de las lágrimas, de los dolores, y de los sudarios... y, gustan de inclinarse sobre los corazones y sobre los osarios, porque tienen el culto ávido y fuerte, del Dolor y de la Muerte...

venías desde muy lejos, a pedirme consuelo; a pedirme consejos...

¡a mí, el Solitario de la Tiniebla, que

---

hace ya tanto tiempo puebla su Soledad  
con el Olvido, después de haber consumido  
en el Huerto de su propio corazón, el pozo  
amargo de la Desolación;

aquél, que después de haber agotado el  
llanto, hizo de su Soberbia un manto, y,  
se envolvió en él, como en un sudario...

y, conoció el Orgullo Santo, de ser un  
Solitario...

¡la Voluptuosidad divina de ser Sólo; solo  
consigo mismo, bajo un cielo sin Dios, incli-  
nado a la orilla de un Abismo!...

sin oír otra voz que los gritos de los  
espacios infinitos, llenando su Soledad...

voz, inferior a la de la Tempestad, que  
lo había arrojado sobre ese peñón, después  
del naufragio definitivo de su corazón...

---

¿qué podía darte este Solitario, envuelto en un Sudario?

ese extraordinario San Antonio, superior al Demonio, y a la Tentación, que estaban habituados a ser estrangulados, y, violados por él?...

¿qué podía darte aquel Amo cruel de todas las tempestades?

la ciencia de sus voluptuosidades;

y, te la dió...

y, te embriagaste de esa ciencia, apurando los opimos racimos de las vides de la Concupiscencia...

lánguidamente, navegamos por el río ardiente de todas las tentaciones...

hacia el Poniente de nuestras emociones;

tú, hacías oblacones de tus brazos, de tus labios, de tus risas;

---

yo, hacía un paseo triunfal de mis cenizas... las cenizas de mi corazón, que pasaba bajo el arco votivo de tu pasión, como el cadáver de un César, muerto en campos marciales, pasa bajo los arcos triunfales, que le alza la Adoración;

¿cuál tu desventura fué?

empeñarte en hacer de una pasión carnal, una pasión sentimental...

querer hacer florecer con los excesos de tus besos, un desierto;

querer dar nueva Vida, con la lumbre de tus ojos, a esos despojos;

y, con él encanto de tus sonrisas, querer animar esas cenizas...

buscar un corazón, bajo el Sudario de aquel Solitario...

desesperarte, entristecerte, de no hallar

nada en aquel Sagrario de la Muerte...

rebelarte contra aquel cadáver abnegado,  
que marchaba a tu lado, por las perspec-  
tivas desiertas de aquella gran avenida de  
hojas muertas...

y, que por consolarte, hacía el gesto de  
abrazarte y de besarte...

cerca al río ensangrentado, donde había  
naufragado su corazón...

. . . . .  
. . . . .

te rebelaste...

me culpaste.

partiste...

¿a dónde fuiste, así tan triste?...

a sucumbir...



---

a morir...

sobre una playa de zafir...

¿cuándo moriste, me recordaste?

¡oh! sí; porque me llamaste y, me maldijiste...

¡oh! pobre rosa triste, que así te desfloreaste en la tumba...

tu maldición, no retumba en mi corazón...

porque sabe mi conciencia, que no te mató la ausencia de mi Pasión;

esa forma de muerte, era tu sueño; te obsesionaba;

esa forma de muerte, era tu dueño; te dominaba;

esa forma de muerte, era la aurora en que pensaba tu alma soñadora...

esa forma de muerte, no tuvo que hacer esfuerzo por vencerte...

te inclinaste hacia el veneno, como una  
abeja hacia el seno de una flor...

y, no te mató el Amor...

te mató la neurosis implacable, la heren-  
cia inevitable, que minaba tu organis-  
mo;

¡rosa maravillosa del rosal del Histeris-  
mó!...

duerme en la playa silenciosa!

bella rosa...

romántica;...

la música

de las olas

a solas

sea el cántico...

que a tu espíritu...

cándido

da la playa

---

que desmaya en la luz...

efervescente....

último

ósculo

del pálido

azur.



## XII

El alma vibra y flota, en una tibia atmósfera, de mil recuerdos íntimos, a las suaves melodías, del recuerdo de esos días, tan lejanos... de tu Amor;...

es, como un cántico de ritmos tiernos, bajo el bosque melancólico, encubridor;

era en Amalfi;

el golfo, límpido,

la roca ríspida, llenos de azul;

---

y, los paisajes, encantadores, susurradores bajo la luz;

¿lo recuerdas?

era, el camino de Ravelo, el cielo opalucía, como en una miniatura de Misal, languidecía, en celajes infantiles, de diáfanas perspectivas...

altivas, meditativas, las montañas alzaban sus siluetas extrañas, en la caricia de la tarde esquiva;

a su sombra, violetizaba el golfo ya lejano;

en el bosque cercano, bajo su sombra gualda, volaban los ensueños con alas de esmeralda;

en la vertiente de la colina, los rosales extendían su paz divina;

el horizonte en lontananza, tenía el pá-

---

lido fulgor de la Esperanza, que lentamente expira...

y, tenía la armonía, policorde de una lira;  
era de un verde claro; un verde raro,  
que fluía y se diluía, en un límite estre-  
cho, hecho de mucha sombra entristecida...

hicimos detener el coche;

¡qué bella era la Noche que llegaba, pre-  
ludiando los himnos de un amor desco-  
nocido, en el bello paisaje entristecido!...

el Silencio opiatizaba la campiña eníg-  
mática, llena de una calma virgiliana, idí-  
lica;

tarde de Teócrito;

perfume de lilas mediterráneas...

en el follaje místico, inquietudes momen-  
táneas...

dijimos al cochero: espera;

y, entramos en el bosque costeano la ladera;

cuán bella era tu Belleza altiva, en esa tarde estiva, envuelta en la magia de los reflejos, que nos enviaba de lejos, la inmensidad marina;

soplos graves, soplos suaves, de la hora vespertina;

tú, en mi brazo apoyada, tan bella y deseada!... lejos del mundo cruel, que nos espiaba en el Hotel, empeñado en leer nuestras miradas...

nos envolvía, la calmada melodía de los parajes, a la vez augustos y salvajes...

¿de quién ese divino jardín que se abrió a nuestras miradas?

en él, las viñas agrupadas, saludaban al cielo desde sus muros; sus racimos obs-



---

curos, se inclinaban al suelo; se dirían senos de madres en duelo, cuyos hijos murieron, y no tenían a quien lactar con sus pezones...

como pálidas Ofelias, las camelias, ofrecían la virginidad de sus floraciones;

las rosas, opulentas, candorosas, parecían ópalos verdes, sobre la ceniza de oro del follaje;

la frondazón espléndida, se diría azul, por la filtración, constante del celaje;

entramos en ese huerto:

estaba desierto; tremulante de soplos, y, de aromas...

en la fronda, arrullaban dos palomas;

un ruiseñor, vocalizaba sus emociones, saludando las constelaciones, que se veían surgir del cielo, en el pálido zafir;

---

rayos líquidos, venidos de las lejanas estrellas, oratizaban esas cosas tan bellas, que temblaban bajo la caricia de aquellas vibraciones claras;

¿por qué me parecieron tan raras, en su belleza, aquellas flores, impregnadas de una vaga tristeza?...

imponente en su mutismo, aquel jardín, parecía un espejismo, flotante a la orilla de un abismo;

el aire, era ambarado, con olor de marisma;

todo se veía como a través del un prisma;

nos sentamos sobre una piedra, cubierta de yedra, que nos pareció un banco ideal, en medio de aquella calma vegetal;

la Elegía de la Noche, me exacerbaba;

te abracé;

temblaste, convulsa;

tuviste un débil gesto de repulsa;

el gesto natural de la Virtud vacilante;

pero, fué un instante...

caíste en mis brazos, radiosa y vencida...

sufriste mis abrazos...

y, nuestras vidas, hicieron una sola Vida;

y, te poseí con lentitud, con refinamiento,

en un crescendo lento de Voluptuosidad;

dad;

! en el corazón de aquella soledad, serenamente triste;...

.....

.....

nuestro abrazo tuvo fin;

te pusiste en pie;

habías perdido uno de los agrafes que

sostenían tus cabellos, que desanudados y,

---

bellos, eran como un Rhin, blondo y oscuro...

buscamos sobre el duro suelo, y no lo hallamos;

sobre el banco que había sido nuestro lecho, tanteamos;

fueron vanos los esfuerzos de nuestras manos;

al fin, hice luz;

buscamos en la piedra;

y, al apartar la yedra, aparecieron los brazos desnudos de una cruz...

y, un nombre, y una inscripción mortuoria...

¡aquel jardín poblado de Misterio, era el Cementerio;

aquel banco, que a nuestro placer había parecido estrecho, era una tumba, y su cruz, había sido nuestro lecho...

.....  
.....  
el cabello deshecho, extraviada de horror,  
escapaste de allí...

yo, te seguí, ensayando detenerte...

inútilmente;

ibas como demente, escapando de aquel  
Huerto de la Muerte;...

en el sendero sin luces, parecía que las  
cruces, se alzaban ante nosotros, para pe-  
dirnos razón de nuestro Sacrilegio;

el florilegio de las magnolias, de las ca-  
melias, y de las rosas, se había extinguido  
en tinieblas vertiginosas...

ni un reflejo en el paisaje complejo, la-  
mentablemente obscuro...

dejamos atrás el muro, matizado de blan-

curas, débil guardián de aquellas sepulturas, cuya calma habíamos violado;

entramos al coche;

tú llorabas, llorabas, en el seno perdido de la Noche...

yo, reía de la aventura, y recordaba con un gran placer aquella sepultura...

pero, no te convencí, no pude convencerte, de que no era una cosa prohibida, eso de dar la Vida, sobre el seno mismo de la Muerte.

. . . . .  
. . . . .

pocos días después, partiste; regresaste a tu tierra natal;

y, yo, quedé solitario, como de ordinario, sobre esa playa, que después que tú te fuís-

---

te, comenzó a hacerse triste, con el pálido  
reflejo otoñal;

y, volví al cementerio;

y, a la sombra de su lánguido Misterio,  
me senté, en la misma tumba que habíamos  
profanado, la cual se hizo el lugar más  
amado de mis peregrinaciones;

y, al muerto que allí había sepultado, lo  
hice el confidente de nuestra historia, y,  
confié a su memoria, todo nuestro se-  
creto;

y, fué, en aquel Huerto, sagrado y quie-  
to, que fuí a leer tus cartas apasionadas, en  
las tardes divinas y calmadas, en la com-  
pañía amable de los muertos;

había aún muchos geranios abiertos en  
torno a mí, cuando leí, tu primera carta  
de Nápoles, tan amable, y tan bella...

---

y, luego la carta aquella de Roma, que parecía tener el aroma de la Ciudad Eterna; luego, aquella tan tierna, de Niza; luego, la de París, escrita en la prisa de un viaje fatal...

luego el Silencio...

obligado final de todo Idilio, que por las puertas de la ausencia, entra en el Exilio; yo, volví al cementerio constantemente; y, dije a mi muerto confidente, el fin de nuestro Amor;

y, las rosas me vieron, solo y sin dolor, llegar hacia ellas, cuando nacían las primeras estrellas, y, no leer ya más misivas, bajo sus grandes flores pensativas...

llegó Octubre; y dije ¡adiós! a la playa benéfica y salubre;

y, me despedí del muerto cuya tumba ha-



---

bíamos profanado; le ofrecí unas rosas, en  
mi nombre y, en tu nombre amado...

¿cómo es ese Nombre?

hoy, no podría decirlo ¡lo he olvidado!...

tal es, el débil corazón del Hombre...



**A LA SOMBRA DEL LAUREL**





## A la Sombra del Laurel

### I

Vuelvo los ojos con encanto, a los para-  
jes del llanto, donde florecieron los jardi-  
nes de la Desolación...

donde se abrieron las rosas de mi Cru-  
cifixión...

en ese huerto de mi Martirologio, cre-  
cieron, es verdad, las rosas del Elogio;

---

hicieron una floración magnífica, sobre los parajes de la Retórica;

eran bellas; pero no las amé, y, no las amo, porque odié y, odio, toda forma de Reclamo...

no sé por qué me pareció ver, dormido en su cáliz, el gusano de la Perfidia;

preferí aquellas que me ofreció la Envidia;

tan pálidas, tan anémicas, a pesar de ser envenenadas y, coléricas...

eran crueles y bajas y, rastreras;

pero eran tan sinceras!...

y, yo, amo la Sinceridad, por sobre todas las cosas de la Humanidad;

y, amé aquellas rosas, rojas como el puñal de Armodio, que me ofrecían temblando, la Cólera y el Odio;

en mi existencia, las más amadas mías,  
fueron las rosas de la Violencia, y, las de  
las más profundas melancolías...

hubo otras negras, como el Abismo; las  
rosas de mi Ostracismo;

otras, fueron como hechas de esmalte, en  
una maravillosa combinación;

parecían rencorosos gerifaltes, posados en  
los puños, y, en los hombros, de la esta-  
tua de un Faraón;

fueron las rosas cruentas, las rosas de  
las afrentas, aquéllas con que todas las vir-  
tudes de las multitudes y, todos los deseos  
de los fariseos, me adornaron, como a un  
Cristo, apenas entrevisto en las idealida-  
des del Futuro, y, el cual hubiese hecho  
el gesto de libertarlos;

las manos de aquellos publicanos, hicie-

ron el Milagro de la Transfiguración de las Rosas; sobre el Agro y, sobre mi frente, las hicieron sonoras y escandalosas;

y, se vió en mi corona de martirio, uno como delirio de vegetación, pues cada hoja, se hizo una rosa roja, perfumada de Sándalo;

las rosas del Escándalo;

las rosas del Ultraje;

las rosas del Insulto; aquéllas con que el canallaje estulto me coronó;

esas las amo yo;

amo esas rosas brutales, que semejan cardos, más que las rosas sentimentales y, la caricia de ámbar de los nardos, con que Hada's líricas, coronaron mis horas románticas, poniendo sobre mi cabeza, la corona obsesional de la Tristeza...



---

¡traedme mis rosas trágicas, mis rosas melancólicas, aquéllas que adornaron mi Calvario...

que ellas me sirvan de sudario...

y, se extiendan después, salvajemente, cubriendo mi sepulcro solitario...



**OFERTORIOS**





## Ofertorios

### I

Hondas cosas interiores, del Jardín de los Silencios, dice al alma, tu Belleza, coronada de Misterio;—tu Belleza, que recuerda el perfil grave y perfecto, de las Palas-Athenea;—tu Belleza, circundada de un divino sortilegio;—¡albo lis en el Crepúsculo, ante el cual se inclinan ledos, los rosa-

---

les pensativos de este amable Florilegio;

¿no has mirado allá, en tu Patria, a la hora del Poniente, cuando el Sol tiñe la Tierra, de un bermejo resplandor, las águilas detenerse, tras un vuelo, grave y lento, en las cimas inmutables, y quedar allí, rígidas, inmóviles, extáticas, cual si fuesen esculpidas en el dorso de un blasón? ¡magníficas, hieráticas, cual si fuesen las cariatides del fúnebre monumento de algún viejo Faraón!

esas águilas son solas;

solas son, bajo los cielos; solas son sobre las rocas; solas son ante los vientos...

¡admirables cenobiarcas de los ritos del Dios-Sol;

soledad, es Vida fuerte, soledad, es Vida enorme;

---

nadie sabe la grandiosa y severa intensidad de la Vida en el silencio, sino aquellos que aman mucho el prestigio de las almas, y, el Misterio Omnividente de las Vidas Interiores, que se expanden como ríos, en la calma austera y grave, de Inviolada Soledad;...

y, yo soy, un Solitario, que en las ásperas penumbras de una noche de combate, vive huraño, como un buitre, que no sabe abrir sus alas, y, tenderlas al espacio, sino en horas de tormenta, cuando airado vibra el trueno, bajo cielos escarlatas, en la negra incertidumbre de un Ocaso convulsivo...

yó, soy ave carnícera;

yo, soy ave de borrasca, cuyas garras tienen sangre; cuyo cuello, si se enarca, es

en un gesto de Muerte; cuyo grito si se escapa, es un grito de tumultos, en un campo de batallas;

mucho lodo del combate, forma el peso de mis alas...

¿cómo quieres que detenga, este vuelo de borrascas, en las candidas páginas, todas tersas, todas blancas, de tu Album, donde vienen los Poetas, deslumbrados, con sus lirras de oro sacro, a decirte, suavemente, Ofertorios de sus almas?

¿cómo quieres que yo, pose ahí mi garras ensangrentada, y, recoja sobre el Libro, la tormenta de mis alas?

y, ¿no ves cómo hacen sombra, cual si fuesen las dos zarpas de un león?

¡armonías ilimitadas que te cantan!...

digan ellas, lo que vale tu Belleza; tu



---

Belleza circasiana; la tiniebla de tus ojos;  
y, el incendio de tu alma;

homenaje a esa Belleza, es mi Nombre  
en esas páginas;

ese Nombre, de odios rudos, de implacable  
y ciega, Ordalia, yo, lo pongo en este  
Libro;...

y, ese Nombre, es una garra, que te ofrece  
suavemente, una rosa perfumada.



## II

Señora: yo, quisiera tener la Primavera, a mi disposición; y, este Otoño, tan triste, que los campos reviste de una púrpura enferma, de gran desolación, trocar a mi turno, por la Estación Florida, para que ese Mar taciturno, que vais a surcar, se hiciera, como un jardín florecido, donde cada lucero, aparecido en el cielo se reflejara como una rosa de alabastro, y, la mirada de ese astro, coronara vuestra ne-

~~~~~

gra cabellera, que va a hacer celosa a la Mar tempestuosa;... y, que cada ola fuera, como un seno de estrella, para que se mirara en ella, una mujer tan bella como vos;

al Destino, (o como se llame vuestro Dios) le pido la merced, de que haga de ese Mar, un gran camino tapizado de flores estelares, rosas crepusculares en ponientes de oro...

y, que el tesoro de vuestra Belleza Soberana, llegue a la Habana. Vencedora del Mar, que dominado y cobarde, se hará muy triste al ver perderse vuestra huella, como se pierde el halo de una estrella en el lánguido seno de la Tarde.

III

Muy pequeñas flores, rojas como labios entreabiertos, al hálito enamorado de los besos, se muestran en tus manos, y adornan tus cabellos, dando sombra a la mirada de tus grandes ojos negros, ya muy tristes, ya muy graves, ya sonrientes, ya perversos, como cisnes pensativos, en penumbras de Silencio, como lotos emergiendo de las frondas del Misterio;

¡cuántas penas, cuántos sueños, cuántos goces, cuántos duelos, cuántas cosas ignoradas u' olvidadas, atraviesan, las miradas de esos grandes ojos... ¿tiernos? ¿malos? ¿suaves? ¿fieros? a su turno, humildes y, orgullosos, tumultuosos, y serenos, bondadosos y perversos... ¿ojos malos? ¿ojos buenos?

ojos que han llorado mucho sobre diversos senderos...

¡sobre mañanas de Amor, y, sobre noches de celos!...

ojos que fueron abismos, y ojos que fueron un cielo, para almas que se miraron en la gloria de su espejo...

eso he visto en tu retrato...

lo demás de tu rostro, es aún muy bello...

nó lleva el sello—que tú dices—«del tiempo destructor;»

tu garganta, tus hombros, tus senos, admirables de níveo candor...

pero, ¿tu alma? me dicen que es buena; y, tu Vida?

me dicen que es triste...

en las líneas que me escribiste—pidiéndome que escribiera algo para tu Album, y, enviándome tu retrato, me haces un relato de tu pena;

ya sabía yo, de tu cadena;

de cómo se forjó, y, cómo la rompiste;

¿fuiste culpable?

¿fuiste infeliz?

¿qué fuiste?

¿mala o buena?

fuiste una Mujer; un sér de pena y de

placer, de Bondad y de Perversidad; abnegada y egoísta, magnánima y cruel, acendrando por igual, el veneno y, la miel;

sembrando el Bien y, el Mal, con inconsciencia trágica;

¡benéfica y fatal!...

cumpliendo tu Destino, que es llenar de flores y de ruinas el camino, que es el Destino de la Mujer;

.

has llegado en el viaje de la Vida, a la zona donde se reflexiona.

¡Oh, el calor de la tarde, fenecida!...

¡de la trágica Tarde de la Vida!...

ya Sirio arde, con un resplandor cobarde, sobre el cielo, aún tibio de luz febea; y, a esa hora, es tarde; tarde para todo lo que se desea;

tarde para avanzar, y, tarde para retroceder; tarde para lidiar, y, tarde para descansar;

tarde para ser vencidos; y, tarde para vencer...

tarde para vivir...

¿qué podemos hacer de la Vida, en esta estación traidora?...

tarde para morir...

¿por qué dejamos llegar esta hora?...

¡ay! Señora...

¡si pudiésemos al menos olvidar!...

¿eso, es posible?

que os lo diga la bella alma sensible de esta amiga nuestra, que ha puesto tu carta y tu retrato, en mi poder...

que lo diga esa noble mujer, que tanto ha gozado y tanto ha vivido, que tanto ha

IV

Este libro es un bosque, en donde el canto de las aves, celebra tu Belleza;
yo, esas aves melódicas no espanto;
soberbio en su tristeza, el buitre sangui-
nario, que aislado y solitario, sobre el alto
peñón de la alta sierra, soñando con la
guerra el ala negra bate, con heroicas nos-
talgias de combate, y, cuyo grito audaz,
tan sólo estalla fatídico y salvaje, cuando
agita, erizado su plumaje, sobre el sinies-

tro campo de batalla, no extenderá el ala
 ensangrentada, ni lanzará su lúgubre graz-
 nido, aquí, donde en idílica bándada las
 aves armoniosas, han venido a cantar tu
 Belleza Inmaculada.

.
 Este libro, es un templo, en donde un
 coro de creyentes, celebra tu Belleza;

detengo ante él, la planta; inclino la ca-
 beza; no voy al ara santa; ni nuevo Osaá,
 extenderé mi mano, sacrílego y profano,
 para tocar la santidad del Arca;

incurable Heresiarca, de extraño culto,
 y, con ajenos dioses, no elevaré mis voz-
 ces, hechas para el rumor de la Blasfe-
 mia, aquí donde se premia, la fé de una
 alma pura, con cantares...

yo, peregrino adusto, no entraré a pro-

fanar tu templo augusto, ni arderá en tus
altares, mi cirio de rebelde Iconoclasta;

¡oh! bella niña, y, cuánto bella, casta
el viajador obscuro, que no ha querido
que tu Fé, se asombre, escribirá por fue-
ra, sobre el muro, del Templo blanco y,
puro, su perseguido nombre;

y, ese nombre, por tantos combatido, será
en el Templo alzado a tu Pureza, como un
Bajo Relieve, allí esculpido, para probar,
a cuántos ha rendido, el Poder cegador
de tu Belleza.

V

Era el encanto de tu Vida, y, era como un blanco rosal de primavera, cuando despunta en su primer botón...

y, tu alma estaba en Adoración, a la sombra de ese rosal...

sopló con ímpetu el vendabal, y, el rudo ábrego mató el rosal...

sobre sus despojos, lloran tus ojos, el más cruel de los llantos, el llanto maternal...

sólo los pájaros alzan sus cánticos, sobre aquel jardín en desolación...

¿qué quieres que diga mi voz amiga, sobre esas ruinas de tu corazón?...

para los grandes dolores, todo consuelo es una Profanación;

frente al tuyo, yo, no oso ensayarlo;

te devuelvo tu libro sin tocarlo, con la pena cruel de no poder escribir nada en él;

¿qué podría decirte?

¿qué envidia al hijo tuyo, que murió siendo tu Orgullo?

¿qué yo, habría dado la mitad de mi Vida, por ser llorado por mi Madre bella; en cambio de no haber pasado, como he pasado, la otra mitad de mi Vida, en llorar por ella?

¿es un grito de Egoísmo?

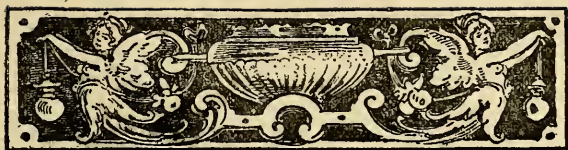
¿es un grito de Dolor?

sólo sé que sale de lo más hondo de

mí mismo; y, es el grito de mi más puro
Amor, de mi más loco Amor, de mi único
Amor...

del sólo Amor que embelleció mi Vida...
mi Vida!... que fué después tan triste
y tan vencida a causa de ese Dolor...

EN LAS PLAYAS DE LA ESTIGIA



En las Playas de la Estigia

I

No mires hacia el cielo, ¡oh! Alma Peregrina! porque nada hay en él;

tu Destino adivina en el hondo Misterio de tu propio Sér;

no hay más Dios, que Tú;

tú eres Alfa y Omega de tu Vida radiosa; todo de tí parte y a tí llega;

tú eres, principio y fin, de tu propia existencia;

todo el Orbe, y toda la Ciencia;
cuando tú hayas muerto, con tu propia
esencia, otros seres se formarán;
pero, ya no serás tú;
tu Bien, tu Mal, tu Vicio, y tu Virtud,
todas esas quimeras de sentido animal, se
acabarán cuando tú mueras;
y, de tu polvo inánime, en los dispersos
átomos, volátiles o extáticos, no quedará
de tu Anima, ni el recuerdo fugaz...
la Vida, es una farsa...
la Vida, es una máscara;
¡compréndela!
¡diviértete!
y, goza el Carnaval.
¡Oh! pobre alma del Alma! pobre Alma
mía! para tí no fué hecha la Alegría;
pero, tampoco la Tristeza...

la Tristeza escabrosa, que otras almas
esteriliza, en mí, florece en una rosa;...
se cristaliza, en la Sonrisa;
la Sonrisa...
río... yo, que no amo;
río... yo, que no creo—
¡cómo es bella la sonrisa en los labios
del Ateol...
por magnífica...
por enigmática...
como la Esfinge...
como el Deseo.—

II

Yo, he amortajado mi Alma, con los sueños furtivos, de las cosas ya muertas, y, de las cosas idas; de las cosas ya vistas, y, de las no vividas;

le he puesto, la corona de espinas de mi irrisoria Gloria, hecha de todas las rosas de hiel de mi Victoria;

le he tejido, un velo sutil, con mis lágrimas; velo de un impalpable tul; color de cielo blanco; color de cielo azul;

he puesto entre sus manos, la cruz de

lirios, de todos mis dolores, y, todos mis
martirios;

entre sus manos luminosas, sus manos
puras, sus manos bellas, como esculturas
talladas en un bosque de estrellas!

la he ungido con un perfume que el tiempo
no consume;

y, me he propuesto enterrarla tan hon-
do, tan hondo, que yo mismo no pueda
encontrarla;

lejos de las miradas de los hombres;

lejos de la Piedad de los hombres;

lejos del Amor de los hombres;

del Odio, de los hombres...

de la voz de los hombres...

de las manos de los hombres;

más allá de todo lo que tiene formas, y
de todo lo que tiene nombres;

más allá de la Tierra, y, de lo que ella
encierra;

más allá de la Vida, y, de lo que ha
vivido;

del Silencio, y del ruido;

de lo vital, y de lo inerte, de la Vida y
de la Muerte;

más allá del Olvido...

.

enterrada mi alma, ¿encontraré mi calma?

y, mi Serenidad;

¿qué haré ahora, perdido en mi Soledad?

vivir mi Libertad, cumplir su Ley;

yo, el esclavo de mi Voluntad;

¿su esclavo? no...

Su Rey.

III

Cuando en el bosque silencioso, que duerme en el reposo, sobre el seno férvido de la Tarde pálida, veo el azul crepúsculo, tornarse carmesí;

yo, pienso en Tí;

¡estrella solitaria de mis lejanos cielos, tan altos y tan diáfanos! en ellos te perdí!...

en los rosales lánguidos, desflóranse los pétalos, las rosas anacreónticas rebélanse a morir....

y, al ver sus hojas fúnebres, caer en el crepúsculo; ¡oh rosa melancólica, lejana y quimérica!...

yo, pienso en Tí;

cuando en las aguas del estanque límpido, que las alas de la Sombra hacen lúgubres, miro los cisnes hieráticos, describiendo jeroglíficos, sobre las ondas móviles;

¡oh! divino cisne enigmático, que flotas como un Símbolo, sobre el estanque lívido, de mis recuerdos íntimos;

yo, pienso en Tí;

los cielos y, las aguas, las rosas y los cisnes, a la hora del Crepúsculo, todo, me habla de Tí;

lejano Idolo;

remoto Símbolo;

¡estrella cándida de cielos vírgenes que
yo perdí!...

¡pálida, lánguida Visión Beatífica, tus alas
frágiles, vienen a Mí;...

y, se posan sobre mi corazón...

¡oh, divino botón de aquella rosa yerta!
a tu contacto mi corazón, despierta, y, se
postra en Adoración;

tú, eres la imagen de mi Madre muerta!...

los cielos lánguidos, las aguas límpidas,
las rosas pálidas, los cisnes mórbidos, y,
los crepúsculos, me hablan de Tí;

divina Anima; vienes a Mí;

oh! tú mi, Ídolo;

oh! tú mi, Símbolo.

Yo, vivo en tí...

yo vivo en tí...

IV

Son jóvenes;

se apoyan, el uno en el otro, como si fuesen un grupo de Tindáridas, a los cuales la acera les sirviese de zócalo;

el ramaje de los árboles de la Avenida, tiende sobre ellos, un luminoso palio azul, de luz vencida...

ella, más joven que él, casi una niña, ríe, ríe, ríe...

él un poco más grave apenas sonrío;

escuchan complacidos el organillo calle-

jero, que un viejo mendigo, hace sonar con son lastimero;

se miran en los ojos, llenos de ensoñaciones;

como si sintiesen la voz de las más bellas pasiones, cantar en sus corazones...

sus ojos fulguran de voluptuosidades, y, sus labios se empurpuran, como si hubiesen bebido la sangre del Sol;

yo, miro el cuadro, detrás de los cristales de mi balcón, conmovido en mi Soledad, por esta decoración de Vida, y, de Voluptuosidad...

¿por qué esa música, me hace tan extrañamente melancólico?

su eco prolongado martiriza mi corazón!...

¡oh, lúgubre procesión de fantasmas queridas, ¿a dónde vais?

coro de voces desvanecidas, ¿qué murmuráis?

el cielo se hace ante mis ojos, triste y, borroso; semeja un mar, verde y, fangoso, en el cual naufragase el cadáver de un cetáceo en forma de luna, de un divino palor;

para ellos, para los jóvenes, todo es color de oro, y púrpura, en la atmósfera feliz...

para mí, ¿qué es esta hora gris?...

¿qué hago en mi Soledad, entristecido por la edad, rodeado de mis sueños inconsútiles?...

¡mi Vida, es una ruina coronada de resplandores inútiles!...

V.

El azafrán de los cielos se retrata, sobre las aguas de color de plata, dormidas mansamente, bajo el azul doliente...

se diría, que en esa eterna Melancolía, se evapora el corazón del día...

el alma, de la tarde, duerme en el profundo corazón del lago lleno del inermé ha-

lago de la Meditación; tal, el cadáver de una virgen, en una urna de cristal;

jirones de azul en el follaje, y, sobre la paz divina del paisaje;

vértigo de soledad, en la aparente inmovilidad, de la hora soñadora...

los ramajes florecidos, fingen sobre las olas, un éxtasis de corolas; como una visión de minaretes sobre el Bósforo...

las luciérnagas en las frondaciones, hacen reverberaciones de fósforo;

los perfumes de las flores, se hacen morbidos, en esa calma cataléptica;

me inclino sobre el agua extática del lago, que reproduce mi rostro fatigado, privado de todo halago;

y, por unos instantes, me veo reproducido en ese fondo de nácares flotantes;

luego... pasa un soplo de brisa; el lago se irisa; y, mi imagen palidece y desaparece...

y, pienso que la Vida, es como aquel lago; un momento, nos inclinamos sobre ella, y, reflejamos nuestro rostro, como el halo de una estrella...

viene el soplo de la Muerte, lenta, y desaparecemos, nos efumamos, nos borramos del pálido cristal...

en un derroche de precipitación...

y, nuestro corazón, ha vivido lo que el corazón de una rosa, fatigada, de contemplar la Noche.

VI

Sus labios malos, sus labios crueles, repletos con las hieles de todos los conocimientos, y el veneno extraído del corazón de todos los pensamientos, ví la faz dura, de la edad madura, alzarse ante Mí;

como una estatua, sobre su zócalo, se alzaba sobre el sarcófago de mi juventud;

esquivé su sendero, pasando lejos de su Virtud, llena de tan solemne acritud; pasé de lado, desafiando su Hado, sin oír

los consejos, que ella da a los que marchamos para viejos!..

y, seguí, cargado de ilusiones, y, de nobles pasiones, camino de la Vida;

a empellones he llegado hasta el umbral de la Vejez;

me espanta su mudez;

ella, ¿no tiene nada que decirme?

ella, ¿no tiene nada que enseñarme?

¿nada que aconsejarme?

¿nada en qué instruirme?

¿la Vejez, no es pues la Creencia?

¿la Vejez, es aún la Duda?

¿la Vejez, no es la Ciencia?

la Vejez es muda;

la Vejez, es la Indiferencia;

¡un fantasma lamentable, sentado sobre las ruinas de una Conciencia!..

un Job espectral y, miserable, indiferente al martirio y, al consuelo...

un Job, sin gestos, y, sin voces, que no interpela ya, al cielo, ni a los dioses;

un Job, sin pasiones, sin lamentaciones, sin desesperaciones...

un Job, que sonríe, sobre su basurero...

una larva feliz en su estercolero...

sí, eso es la Vejez, un sueño sin ensueños, sin horizontes risueños, sin cielos de tempestad y de emociones;

una zona, áfona, privada de la música viva y convulsiva, de los huracanes y, de las pasiones...

si es la Vida inerte; sin luchas y, sin altivez...

más valdría, no entrar en la Vejez; y, entrar resueltamente en la Muerte...

entrar en la tumba, pero ascendiendo por la escala de las idealidades de Jacob, y, no descendiendo por las asquerosas debilidades del estercolero de Job;

pero, ¿por qué no hacer de la Vejez, un asilo calmado de Ciencia y, de Arte?

y, un baluarte artillado, para las grandes batallas de la Idea?

prepararse a morir en la pelea, a morir en belleza, alta la cabeza, en la cual nuestra melena cana, tenga el divino resplandor de una mañana;

morir, guiando el carro de la Victoria, por los radiosos cielos de la Gloria.

VII

¿Por qué amo tanto extinguir todas las luces, y, sentarme luego a contemplar el fuego de mi chimenea, como si viese en sus llamas, brillar el resplandor de unos ojos amados, hace tiempo cerrados sobre el Misterio de la Eternidad?

yo, amo la obscuridad, porque en ella veo mejor, el esplendor de los parajes de mi Soledad;

los cielos fantásticos de la Tiniebla, sir-

ven de manto, cariñoso, para el reposo de un corazón que nada puebla;

la llama de la hoguera, parlera y voraz, me habla de horizontes distintos, ya extintos, de cielos despoblados, y, de soles carbonizados, que no renacerán jamás...

y, todo mi Pasado, grita en mi Soledad, con un clamor desmesurado, de Mar, en la Inmensidad...

y, su voz, hecha viva, tiene la armonía imitativa de una voz humana, de la voz hermana de un amigo, que dialoga conmigo;

y, hay un vago perfume extraño, un perfume de Antaño, como venido de jardines muy remotos, que conoció mi juventud...

se siente un ruido de alas sobre un ataúd...

así, como si un buho taciturno, cruzara con sus alas pesadas, el paisaje nocturno...

VIII

No abras por completo tu corazón a la
Esperanza;

teme siempre del Destino una asechanza;
no cierres por completo tu corazón a la
Esperanza, que aún en la hora de mayor
tiniebla, un rayo de sol avanza...

rayo de Consuelo, venido de un cielo des-
conocido, sobre la Desesperanza;

ni esperes, ni desesperes...

deja que se cumpla el Misterio obscu-
ro de los seres;

la Fatalidad, es la única Deidad, que reina sobre los hombres;

¿qué te importan sus nombres?

el Acaso, Dios, el Destino...

en todas partes escucharás su voz, siempre la encontrarás en tu camino...

y, su esclavo serás;

nada podrás, contra tu Sino;

nadie puede escapar a su Destino.

IX

Yo, he oído la tempestad sobre los mares, vomitar las olas, y, los truenos, sobre el débil esquife, que el naufragio cercaba;

yo, he oído el huracán sobre la Tierra, batir los flancos de la Montaña, y, la espalda de las llanuras, haciendo temblar de pavor, los ganados de la pampa, y, rugir de espanto los jaguares en la selva;

yo, he oído la batalla, gritar por la boca de todos los clarines, y, la garganta de

todos sus cañones, sembrando la Muerte,
al paso de su guadaña segadora;

yo, he oído la Muchedumbre—el corde-
ro con cabeza de lobo—aullar enfurecida,
contra el grupo de mártires, que marcha-
ban al Patíbulo, vencidos y, agarrotados,
en una hora de duelo para la Libertad;

y, he oído los gritos, los ¡hurras! los aplau-
sos, de los pueblos delirantes, al paso de
los Amos-Vencedores, que venían a devo-
rarlos...

y, nada he oído tan sonoro;

nada tan asordador...

tan atronador... como la voz de un co-
razón que grita en el Silencio:

—Yo, quiero morir!... Yo, quiero morir!...

y, es tan fácil apagar el alarido de ese
león...

el ruido que puede apagar ese grito, no se escuchará tal vez a diez metros de distancia de mi lecho...

no perturbará la alegría de las rosas, que se abren sobre mi mesa;

no hará callar, la canción de los pájaros que tocan con el ala en los cristales de mi ventana...

pero, hará callar mi corazón... para siempre; los leones duermen cuando han devorado su presa...

y, sueñan grandes victorias, con las garras crispadas sobre las carnes palpitantes...

X

Oh! mi Dolor! ¡cómo eres Santo! tal vez
lo único Santo que hay en Mí;

del Alba a la Noche, yo, vivo en Tí;
¡cómo eres vasto, inmaculado y, sonoro;
yo te adoro;

bello Dolor, humano; tan puro, como las
nieves de las cimas, y, los arroyos del llano;

tu contacto me lastima, pero, con una Piedad de hermano;

del llanto que tú me haces verter, yo, me hago un manto, un manto de escarlata, un manto de desafío, bordado con todas las flores del Orgullo mío; de ese mi Orgullo adorable, que para muchos me ha hecho abominable...

—«Yo sufro, yo sufro»;

siento una enorme Voluptuosidad, lanzando ese grito, frente a mi Soledad; y, frente a frente al Infinito...

sin que nadie me vea, sin que nadie me escuche...

¿es preciso que luche por ahogarte?

no; yo, no te asesinaré;

no mataré mis Pasiones;

no estrangularé mis leones; mis fieras que-

ridas, que han hecho de mi corazón, un
refugio donde sangran sus heridas;

con sus garras torturan mi corazón; es
Verdad; pero, esa tortura no me espanta;
esa tortura es Santa; ¿no véis que se lla-
ma la Voluptuosidad?

¡Santa, como la sangre que se escapa de
la herida.

¡Santa como la Muerte! y Santa como
la Vida!

yo, amo el color de la sangre; el color
rojo; el color que fulgura;

la sangre, es fuerte, la sangre, es pura;
en cambio, odio toda blancura; como odio
toda Tristeza;

lo blanco, carece de Belleza, lo blanco
carece de color...

lo blanco es ciego;

la blancura me da horror;
es como una falta de fuego; una falta
de Amor;

y, sobre todo, una falta de Dolor;

¿qué es la Vida sin el Dolor?

Vivir es Sufrir;

el Dolor, es la entraña de donde surge
todas las creaciones; los himnos, y, las la-
mentaciones; los heroismos y, las canciones;
toda la Poesía, reside en esa entraña som-
bría;

toda la belleza del llanto; toda la subli-
midad del Canto; todo lo fuerte, como la
Venganza; todo lo débil, como la Espe-
ranza;

todo nace y vive, en esa entraña: el gri-
to de los vientos en los mares, y, el gri-
to de la Noche, en la Montaña;

la Lujuria, y la Castidad; la Violencia,
y la Serenidad;

todos viven en tí; y, van a morir en tí,
¡oh, Dolor!...

.

pero, tú, mi Dolor!...

tú eres Único...

y, magnífico.

¡Oh! ven y hiéreme, y despedázame;

tú eres: el Espíritu.

Verbo Creador.

XI

Pienso con Dolor, en tanto que he vivido; en tanto que he llorado, en tanto que he sufrido, y, tanto que he luchado!...

y, pienso aún con mayor dolor, en la Si-
miente que he sembrado... sobre la esté-
ril roca...

pronto se apagará mi Pensamiento;

y, para siempre se callará mi boca...

¡oh, si pudiera encadenar las alas, del
viento que llevó las Palabras mías!...

mi Verbo de Libertad, mis Profecías; todo aquello que dije al oído de los Hombres, y, de las Naciones!...

todo,... hasta las canciones, que dije al oído de un Amor nunca sentido;

todo lo quisiera recoger, y llevarlo conmigo al sepulcro amigo;

y, borrar las huellas de todo mi Pasado, en los largos senderos que he recorrido;

las huellas de lo que he sido...

las huellas de mis plantas, y las de mis gritos;

las de mis acciones, y, las de mis escritos;

las de mi Vida, las de mi acento;

las huellas de mi Palabra, y, las de mi Pensamiento...

las huellas, de todo lo que he vivido...

y, de las rosas del Silencio coronado, tener una Inmortalidad; la del Olvido;

y, la tendré;

yo, no he matado;

yo, no he robado;

yo, no he traicionado;

yo, no he mentido;

yo, no he esclavizado;

yo, no he oprimido;

yo, no fui un César....

yo, no fui un bandido;

yo, no fui un esclavo;

yo, no fui un tirano;

tengo derecho al Olvido, del Linaje Humano;

lo reclamo para Mí;

lo he conquistado con el solo hecho de ser un HOMBRE HONRADO.

XII

La Vida en sus días últimos, cuando se llega al límite, por un decreto íntimo de nuestra Voluntad, tiene horas proféticas;

a su irradiación magnífica, se ven sus senderos como a una luz mágica de luceros, llenos de una calma sideral...

en un vuelo retrospectivo, de visiones lúcidas;

el vuelo último, de las águilas en el Crepúsculo...

¡oh, dulce, oh bella, oh suave calma se-
ñorial!...

tú eres el Pórtico del Templo mate-
rial;

del Templo de los Símbolos...

¡oh, aurora de los límites del vago mun-
do Irreal...

y, de los cielos últimos...

¡Salud Calma Triunfal!

XIII

El agua no me tienta, para morir en ella,
el agua quieta, el agua lenta...

aunque sea muy bella, no me atrae, no
me fascina, su alma de cristal, su alma di-
vina...

amo la Melancolía de los bosques, cuan-
do muere el día;

es a su sombra, sobre su alfombra, que
yo quisiera morir...

morir, mirando el cielo vacío, de donde el reflejo de Dios, no baja sobre el espíritu mío...

morir en su calma vegetal, contemplando en la sombra autumnal del lago—por última vez—mi perfil vago, lleno de la altivez de una Suprema Serenidad...

morir por el gesto propicio de las únicas manos dignas de celebrar ese Sacrificio;

las manos mías; mis manos puras; mis manos pías; que acarician llenas de ternuras, el brillante cañón de una pistola...

contemplar la tarde doliente y sola;

y, caer inerte, helado por el beso de la Muerte; a la sombra amiga de un rosal... en la pompa exquisita de la Tarde triunfal...

¡qué bello debe ser eso!

¡Oh, beso! ¡beso inerte!

¡Oh, santo beso de la Muerte!...

por gozarte mi corazón, desesperado arde;

¿te buscaré en el seno de los bosques?

¿te buscaré en el alma de la Tarde?...

XIV

Ah, la Canción de la Muerte, que la Muerte nos canta en una lengua extraña!

¡Ah, el Deseo de la Muerte, que tiembla en nuestro corazón, como un dardo clavado en una entraña;

¡ah, el Rostro de la Muerte, la Hermana de la Vida, ese rostro que brilla sobre los más altos cielos, rostro sin lágrimas

ni duelos; el rostro de nuestra última querida;

¡ah, el Amor de la Muerte, con el seno lleno de sus eternas emociones; el Amor, sin traiciones y, sin veneno; el Amor que no mata el Amor que no hiere; el Amor que no acaba; el Amor que no muere;

¡oh, la Muerte coronada de violetas pensativas!...

¡oh, los lirios de la Muerte, entre sus grandes manos esquivas!...

¡oh, los labios de la Muerte, las dos alas del Silencio, que nos llaman, y, nos cantan el encanto de su beso, de su beso inescrutable, que es el sello de lo Eterno!...

¡oh, los ojos de la Muerte, las hogueras del Deseo! ¡cómo brillan con las luces de una Aurora muy remota, que es la Aurora del Misterio!...

¡cómo son incitantes! ¡cómo son desesperantes!...

nos atraen, nos fascinan, nos someten a su Imperio;

¡oh, la Obsesión de la Muerte, tan calmada, tan serena, pero tan invencible!...

no hay ojos de Mujer, no hay labios de Mujer, no hay cabellera de Mujer, no hay seno de Mujer, no hay manos de Mujer, que tenga el fulgor, el perfume, el encanto, el calor, y, la ternura de esta atractiva, tentadora, y tenaz Visión de la Muerte;

al fin nos devora, la Divina Señora, y vamos a ella por nuestra propia voluntad, llenos de la sublime ebriedad, de un pájaro, que disuelve sus cantos, en el Seno de la Aurora...

la Muerte es la Suprema Voluptuosidad...

en el beso de la Muerte, se encierra, toda la Lujuria de los cielos y toda la Lujuria de la Tierra;

por eso es bella...

la Muerte, es como la Satiriasis de una estrella.

XV.

La Tarde vencida, como una Esperanza,
por un gran duelo asesinada, llenaba el par-
que contiguo, con la gran desolación de
una mirada;

sobre el follaje ambiguo, que fingía mo-
sáicos de terciopelos arcaicos, el oro de la
luz, hacía blondeces, sobre las cuales, des-
tacaba el obscuro verdor de los cipreses...

hora incierta y letal, oprimida de perfu-
mes, y de presentimientos;

había acentos de derrota en la Sinfonía vegetal de la Naturaleza...

en la Ilusión precaria de las cosas, gemían los secretos de la Tristeza, en el alma solitaria de las rosas...

había estremecimientos en el cristal del lago, pálidamente vago, pálidamente rosa, donde el agua limosa, tenía tonos violentos hacia el fondo, en lo más hondo, que parecía turbado por los pensamientos del día, que lentamente desaparecía....

los cisnes, yacían quietos; ¡enigmas pensativos!... parecían en la sombra, como un geranio en flor,... crepúsculos inciertos hidratizaban sus alas, y, eran como los ópalos de una imperial diadema, que el alma de la Noche se ceñía...

había, mucho azul, en el cielo, polvea-

do de cenizas de oro hacia el Poniente;

bajo el lánguido cielo hipnotizante, se oía rumorear las hojas quietas;

los párpados martirizados por las violetas de la Agonía, el Sol, cerraba los ojos, y, moría...

sus ojos, que parecían falenos; llenos de estupefacción;

la calma de la hora, era, mórbida, con una morbidez de Histeria;

una miseria de Crucifixión, había en ese Calvario, donde agonizaba la Tarde, colgada de la cruz de su desastre;

galeras sin lastre, galeras de ópalo, corriendo hacia el naufragio, parecían las nubes;

y, sin embargo, en ese nubifragio, había gestos de Amor; de un Amor ideal,

que se diseñaba sobre la campiña vaga, enrojecida por la Tarde homicida, llena de furores mudos, cuyos brazos desnudos, después de haber estrangulado el Sol, se tendían hacia el último arrebol, en un largo gesto infanticida...

la luna, aparecía, como el cadáver de un suicida, colgada en la horca de la Noche...

había un derroche de hostilidades, en el jardín, lentamente invadido por inquietantes tenebrosidades...

.
.
un leve grito cruzó el espacio, como el vuelo de un pájaro en la sombra...

se escuchó, el ruido de un cuerpo que caía sobre la alfombra de hojas del Bosque...

los últimos paseantes, acudieron presurosos...

retrocedieron miedosos...

una mujer yacía en el suelo, la sien atravesada por una bala...

había aún estremecimientos de ala en su cuerpo, que bien pronto se hizo rígido...

del ténpano pálido corría un hilo de sangre, suavemente, y, descendía hasta el cuello...

sobre el rostro bello, de una inenarrable belleza, no había una sombra de tristeza;

sólo los labios tenían un rictus malo...

el halo de la cabellera, le hacía una como cimera dorada, en la cual se enredaban los últimos hilos de la luz, que filtraba a través del ramaje, vespéral...

se diría una rosa animal, caída sobre el follaje, y, abierta en la Noche...

era como el broche taciturno de un lis,
abierto en el paisaje nocturno...

el Agente, que había acudido a la llamada
de la gente, hizo detener un automóvil, y,
piadosamente, condujeron a él, el cuerpo
inmóvil;

brazos piadosos ayudaban; y, cuando ya
lo colocaban adentro, sintieron algo que ro-
daba sobre el suelo, y oyeron un débil va-
gido...

era un niño que había nacido de las en-
trañas de esa madre muerta;

lo pusieron cerca de ella, y, partió el co-
che, en el corazón de la Noche, llena de
un alarido salvaje...

.
desde entonces vengo lleno de obsesio-
nes, buscador perpetuo de las emociones,

al paraje umbrío donde vi morir, ese lis
del río, rosa de zafir, que mató la pena...

cuando el aire, llena con su melodía, del
final del día, la triste alameda y, la bri-
sa leda, dice sinfonías de melancolías...

yo, vengo al paraje, y sobre el follaje,
que sirvió de lecho a aquella suicida, yo,
extiendo mi cuerpo, y abro la herida de mi
corazón...

y, sobre la tierra que fué humedecida por
la sangre ardiente que allí fué vertida, yo
pongo mis labios, cual si aquellas hojas,
otros labios fueran, que me besaran y, me
acariciaran, y, me respondieran, y, que me
dijeran, con su voz inerte, con su ritmo
lento, el por qué de este Amor de Muer-
te, de este sentimiento, tan rudo y violen-
to, que yo llevo en Mí...

¡fantasma divino de aquella suicida que hallé en mi camino, y, que dió su Vida, tan cerca de mí!...

¡gloriosa Vencida, que tan cerca ví, romper su corona de punzantes lirios...

sus martirios, su corona...

todo en ella me obsesiona;

me obsesiona tenazmente... brutalmente, como el sueño de un demente...

es la Imagen de la Muerte, que en su cuerpo se encarnó...

de la Muerte, tan llamada, de la Muerte, tan deseada, de la Muerte, que amo yo...

divino fantasma de la Muerte; fantasma de las horas tenebrosas...

yo, vengo al Bosque, a traerte rosas, olorosas, voluptuosas;

de este Sitio, yo he hecho un altar...

aquí vengo a exacerbar mis obsesiones...
oyendo la música ilusoria de mis emo-
ciones...

y, cuando la tarde ha muerto;
como si entrase en un desierto; yo en-
tro en la Ciudad...

y, pensando en el paraje amigo, que aca-
bo de dejar, me digo:

¿por qué no fué esta tarde?

¿será otra tarde?

y, turbado, oigo la voz del Reproche, que
me grita por la boca de la Noche:

¡Cobarde!

¡Cobarde!

¡Cobarde!...

y, pienso que para morir, siempre es tar-
de...

¡demasiado tarde!...

XVI

Uno, a uno, van los días;

y, todos juntos;

una, a una, van las noches; y todas juntas se van...

como un vuelo de cigüeñas, en la paz del horizonte...

hacia la tumba...

hacia el Alba, que se oculta castamente, tras de la ceja del monte....

¡oh! dulce voto de morir!...

¡cómo a tu voz; se marcha dulcemente
en las tinieblas!...

morir... morir... morir...

¡qué enorme Voluptuosidad, hay en este
decir!;

esa palabra, tiene la inexpresable plenti-
tud de un mar...

morir;... es como si se dijera; besar... be-
sar... besar...

morir... ¡cómo tiemblan los labios al de-
cir *eso!*...

tiemblan, con la divina sensación de un
beso.

XVII

Mañana, cuando yo muera, poned mi cuerpo,—desnudo como a la Tierra vino—en una caja de madera, de pino, sin barniz, sin forros, sin adornos vanos de necia ostentación, colocad mi pluma entre mis manos, y el retrato de mi madre, sobre mi corazón;

empujad la caja mortuoria, hacia la gran hoguera crematoria;

cuando las llamas me hayan devorado, tomad lo que de mis cenizas haya quedado, y colocadlo piadosamente en un Columbario...

poned sobre el cenotafio, únicamente este epitafio:

VARGAS VILA.

después...

alejaos, vuestra misión cumplida, y dejadme ser en Muerte, lo que he sido en Vida:

Un Solitario.

XVIII

Hay una acre, una Señorial Melancolía,
en esta hora sombría, de brumas sin co-
lores, en que bajo el Sol apagado del Or-
gullo, se desborda el río de los dolores...

en el resplandor rojo que la circunda, co-
mo un rocío de sangre, que cae y que la
inunda, asoma el pálido rostro de la Muerte;

en su belleza inerte, se creería ver el ros-
tro de Ofelia;

una luna de Enero, fundida en la palidez
de una camelia;

un cirio ténue cuya luz de fósforo, riela
en las ondas lánguidas del Bósforo;

es la hora esplinética, la hora frenética,
en que sentimos que la Vida nos expulsa,
con su mano convulsa, fuera de los lími-
tes de su Imperio;

yo, amo prolongar los debates voluptuo-
sos, de esa última hora, suave y consola-
dora, Madre fecunda de todos los reposos;

sé que ese ha de Ser mi último Exilio...

mi último viaje; intempestivo y, sin auxi-
lio, a los lejanos países del Misterio...

yo, amo ese camino solitario; adoro ese
éxodo voluntario y, divino, hacia la costa
sagrada e invisible;

todo es preferible a la Vida brutal, a su
Imperio animal, ciego y devastador...

¡escapar a las manos del Dolor!...

escapar a las manos de la Pena!...
romper esa cadena, que nos ata a la Vi-
da!...
dejarla despedazada, vencida!...
y, desafiar a Dios, diciéndole:
¿eres Omnipotente?
impídeme morir...
no lo podrás...
rompo tu yugo falaz;
violo tu Voluntad inclemente;
me río del imperio de tus leyes...
¡oh! Rey de los reyes!...
¿tú, no quieres que muera? pues yo mue-
ro...
mi querer altanero, puede más que tú;
yo, soy un Hombre Libre...
después que yo haya muerto, ¿qué me
importa que tu anatema vibre?

si el rayo de tu cólera zumba;
será un rayo caído en el Desierto...
¿qué podrá tu cólera, contra un muerto,
hecho polvo, en el polvo de la tumba?
el muerto, reirá de tí;
aislado en tu divina Insolencia; ¿qué di-
rás de la sonrisa de ese puñado de ceni-
za, que ríe de tu Omnipotencia?

EPINICIOS



Epinicios

I

Yo, ví la daga certera, que se templaba
en la hoguera, por la mano traicionera que
iba a alzarse contra mí;

yo la ví...

el golpe recibí...

y, cuando me volví, sin lanza y sin escudo,
tembló el paisaje mudo...

así;

como si viera el dorso espeluznante de
una fiera...

y, se borraron en la sombra vaga:

el camino;

el asesino;

la daga;

y, el resplandor siniestro de la Hoguera...

.

Todos desaparecieron en la Noche, ante
el astro triunfal de mi Reproche.

Reproche mudo;

Como un Escudo.

II

Yo, miré la fronda oscura; fronda impura,
donde se urdía la celada;

y, ví al amigo traidor, refugiarse en la
emboscada, para dar su puñalada;

la sentí;

y,

cuando caí;

así;

herido por la espalda;

ví;

borrarse ante Mí;
el verde gualda del jaral,
encubridor,
y, el Puñal,
y, el Traidor...
aullando su Delito...
¡oh Judas!...
¿cuándo acabará tu grito?...

III

Ví los galgos ululantes, por los senderos
distantes seguir mis huellas...

oí, ladrarres amenazantes, tras de Mí...

sentí,

a los lebreles teztones, mordiéndome los
tañones;

me volví;

y...

¿dónde están los lebreles?

¿dónde los galgos más fieles, disparados
contra Mí?...

bastó el fulgor de mi mirada dura, para
barrerlos, como un huracán de la llanura...
desaparecieron en la lejanía, como los fan-
tasmás cuando viene el día;
como la bruma, de un paisaje, de súbi-
to iluminado;
o, un miraje alucinado;
que se esfuma.

IV.

De mis enemigos la atrevida raza, por
los campos, quiso darme caza...

durmieron inquietos de mi lejanía...

y, hasta mis desiertos llegó su jauría; en
persecución;

no muere esa raza de recios mastines;
raza de Caínes;

y, de inquisidores;

raza de traidores;

y, de malandrines;

de turiferarios y de versolarios de la Adu-
lación;

raza mestiza y confusa de serpiente y de
lechuza;

¡raza de villanos y, de cortesanos, que un dogal hicistes para mí garganta... cuando fuí en desgracia!...

¿dónde vuestra Audacia, y, vuestra Osadía?

.
el sol se levanta sobre el mismo campo que alumbró la guerra...

roja está la Tierra;

suda sangre y, pena,

¡pues tanta bebió!...

y,

Yo,

en pie;

miro los senderos vacíos;

¿a dónde están los enemigos míos?

¿a dónde los perdigueros; los arqueros que llevan yataganas?

¿dónde monteros y canes?
¿dónde están?
¿dónde su loco afán?...
fueron idos;
huyeron despavoridos;
¡allá van!...
ya dispersos y, vencidos;
...
mirando huir la jauría, por la agreste le-
janía;
en mi aislamiento salvaje;
sin amor a la Victoria, a la Gloria, ni
al paisaje;
sobre ese mismo paraje que miró el com-
bate recio, duerme el Can de mi Desprecio;
sin Coraje.

V.

Mis pies se sangraron;
mis pies fueron lacras, que dejaron hue-
llas de sus pesadumbres, por los grandes
llanos, y las agrias cumbres...
por las playas y, por los puertos...
por los desiertos y, por las urbes;
los grandes caminos de los peregrinos me
vieron así;
los lobos bajaron hasta la llanura, para
hacer pasto de mi desventura;

yo, me defendí;

y, los lobos vencí;

en la Noche Obscura;

la escala de Jacob, se alzó sobre el estercolero de Job;

pero, la batalla cruenta de esas horas carniceras, no fué entre el Hombre y, el Angel; sino entre el Hombre y, las fieras;

y, cuando la Noche fué decapitada por el Sol radioso,

miré mi jornada de fuerza y, de brío;

y, de lobos llena, miré la hondonada;

de lobos heridos, o, de lobos muertos, que yacían inermes o daban quejidos, huyendo vencidos hacia los destinos...

¡triunfos miserables!

victorias fugaces!...

sobre los rapaces;

y, los voraces;
y, los despreciables...
eso, no es la Gloria;
eso es envilecer el Esfuerzo y la Victoria.

¡Oh, triste Destino, que echaste los lobos sobre mi camino;

que así lo lanzaste en mi seguimiento;
y, así me humillastes con su Vencimiento;
¡toma pues mi lanza; lanza deshonrada por el enemigo y por la jornada;

y, que entre tus manos sea purificada, de la sangre abyecta, con que fué manchada;

¡clávala en la arena!

y, a su sombra fiera, temblarán los lobos en su madriguera.

VI

A los ojos que velaron tenaces en los senderos, para ver los perdigueros, que venían contra Mí;

¿cómo los pagaré?

de mis manos haré sellos de ardiente fraternidad;

y, las pondré sobre aquellos ojos de pura Amistad;

que por Mí, velaron en insomnios largos... y, en días muy amargos de persecución;

ojos, que 'por' Mí, espíaron!

¡tristes ojos que lloraron!

¡tomad mi corazón!

.

y, las bocas atrevidas, las bocas denun-
ciadoras, que muy cerca a las guaridas,
gritaban asordadoras, el venir de las jau-
rías...

y, que se callaron cuando el triunfo vino...

¡bocas adorables para mi Destino!...

¿a dónde ahora están?

inertes y mudas, después del Afán...

de mis labios haré sellos;

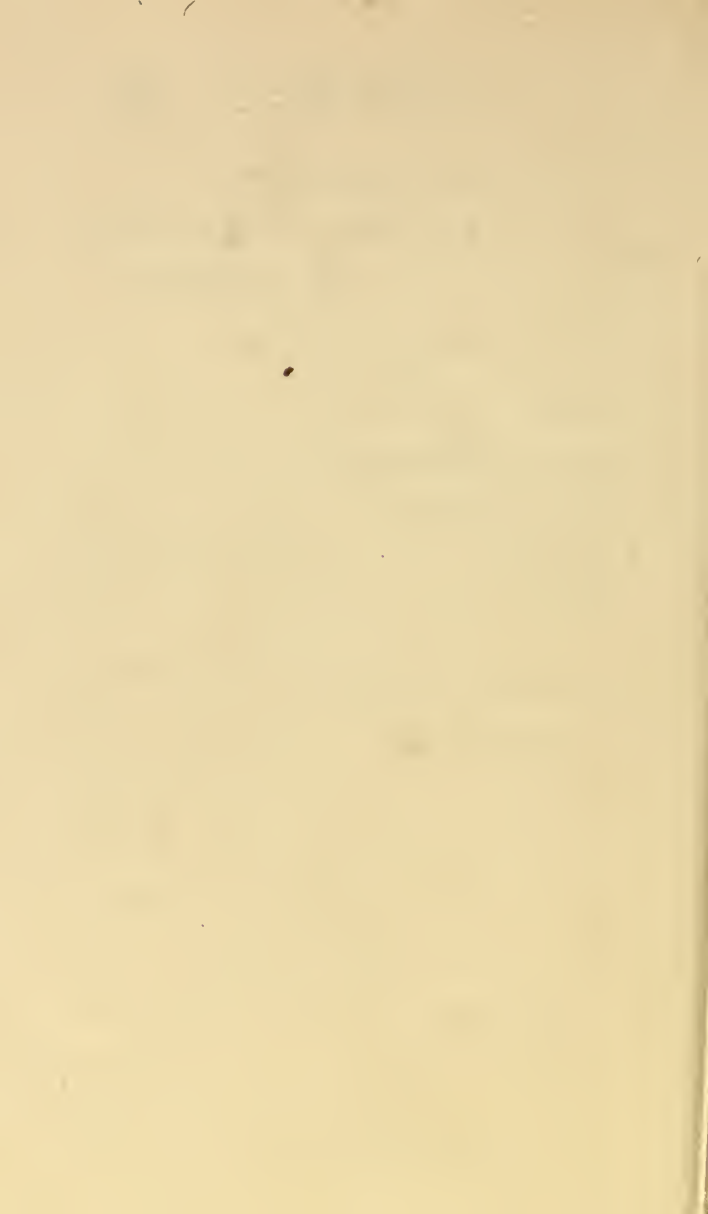
sellos de amores tardíos;

y, con ellos, besaré esos labios bellos...

labios fríos!...

Silenciosos en sus arcanos reposos...

y, esas bocas adivinas, besaré;
bocas de Amor y de Fe... que un tiempo
fueron bocinas que tocaron sonatén...
¡bocas de Esfinges vencidas!
callaron y, ya son idas;
mudas y desvanecidas...
no se escuchan
no se ven...



VII

No hubo viento religioso, que soplara en
mi bandera, durante el combate rudo;
ni hubo dios sobre su escudo;
ni hubo cruz en sus cuarteles...
¿por qué entonces tuvo fieles? ¡tantos fie-
les!...

porque fué el Símbolo vivo, de lo más
noble y altivo: la Libertad...
de ahí, su Autoridad;

y, por eso florecieron esperanzas a su sombra,
como un gran rosal en Mayo;

¿tuvo Ocaso?

cuando el rayo la partió...

fué el viento turbulento, no mi mano, el
que la arreó;

¡mi bandera cuando niño;

mi bandera adolescente;

la bandera de mi heroica juventud!

la bandera que el armiño de mi frente,
ya cercana al ataúd, se complace en sa-
ludar!...

¡bandera vencida, que aún cubre mi Vi-
da, en la triste calma de un valle lunar!...

bandera por tierra...

¿volverá a la guerra?

desplegada al viento, ¿volverá a ondear?

¡oh! mis viejas manos... manos ateridas

por la ruda escarcha de las tantas vidas
como yo viví;

¿la desplegarán?

y, de mis hermanos en la ruda marcha,
las mesnadas idas y desaparecidas, que ta-
ladas fueron por el enemigo, en los rojos
campos, como blondo trigo, ¿no resurgirán?

y, ¿el pendón caído no levantarán?

¡horas de tristeza!

¡horas del Vencido!

del que está ya inerme, del que está caí-
do, del que ya tan cerca de su propia tumba,
ve que se derrumba el pálido Sol...

que alumbró su Vida;

y, fué su quimera, antes que cayera sobre
su bandera...

arriada y, vencida...

MISERICORDIA





Misericordia

I

Yo, no deshonré mi espada, poniéndola
sobre el pecho descubierto de un Vencido;
le tendí, la mano, mía;
por eso fuí herido,
de su Villanía:
y, tarde digo:
*¡Ay de aquél que no ultima a su Enemi-
go!...*

II

Yo, dí cobijo, al que vino en la noche
desolada a tocar en mi cortijo;
pasó mi portal amigo;
le dí abrigo;
como huésped fué sagrado...
después...
hecho legionario, a los gajes de un Tirano;
volvió...
y, el Hogar hospitalario profanó, el preto-
riano...

y, estremó su Crueldad, sobre el seno
abierto de la Hospitalidad;

.
Cerrad la puerta que da al camino;

NO DEIS NUNCA POSADA AL PEREGRINO.

III

Rosas de sangre florecían mil, sobre aquel pensil, sangre de labios torturados por los besos en divinos excesos; rosas de fuego, que con sus sabias manos de ciego, sembró el Amor...

¿quién las hizo malas?

¿quién las hizo crueles?

¿quién robó las mieles, y, puso las hieles, en sus rubios cálices, y mató el olor?

preguntadlo a la lengua del amigo, que sembró la leyenda;

que os lo diga el Mendigo-Poeta, que de
mi buhardilla, su escudilla sacó repleta...

.

si os sobra la comida, arrojadla al viento;

NO DEIS NUNCA DE COMER AL HAM-
BRIENTO.

IV

Su ignorancia, era una sed;
jadeante vino a mí;
yo, le dí con que su sed aplacara, bebió
en la fuente clara de mi dicción, y, en las
ondas profundas de mis conocimientos;
apuró el río de mis pensamientos, y bajo
el ala mía, se nutrió de Ciencia y de Arte,
y, de Belleza y, de Poesía;
partió, entre pesares muy vivos, dándome
el beso augural de los Olivos;
triunfó;

y, ahora, vencedor, ágil, y diestro, se vuelve contra el Maestro, y de la fuente pura, hace un raudal de lodo, para arrojarlo a aquel de cuyos labios aprendiera todo;...

y, aprieta entre las manos los escudos, con que Césares rudos, pagaron su vileza, para hacer así, más espesa, más larga, y más amarga, la Noche de Getzemaní:

.

guardad las ninfas de vuestro Pensamiento.

NO DEIS NUNCA DE BEBER AL SEDIENTO.

V.

¿Quién hizo esta úlcera en el pecho mío?
¿recordáis aquella cabeza blonda, que co-
mo la onda de un lago de oro, reclinó el
tesoro de su belleza, sobre la tristeza de
mi corazón?...

era una estrella en duelo...

me pedía un consuelo...

yo, ensayé consolar tanta aflicción...

era una sierpe bajo la maleza;

se llamó la Traición...

a la Traición nada resiste.

NO CONSOLÉIS AL TRISTE...

no consoléis de nadie la tristeza;

hallaréis una sierpe bajo la maleza.

VI

La Bondad, es un veneno; el peor de los
venenos;

no seáis buenos;

no seáis buenos;

no seáis buenos.

VERBA NUPCIAL



Verba Nupcial

I

¿Cómo es mi novia?

mi novia, es bella, aunque la pinten calva
y, enteca, pálida y, muda, y sorda y, ciega;

ella, no es joven, es más que vieja; por-
que es perenne, porque es eterna;

lo que ella ha visto... nadie lo viera...

lo que ella sabe; toda la ciencia está en
sus labios, no la revela sino en sus besos...

sus labios besan, y cuando besan dan tanta calma; es tan inmensa la gran ventura, que ellos encierran, que al que han besado ya a nadie besa, a nadie ama y nada anhela; de la letargia de aquel gran beso, nadie ha salido, nadie despierta...

¡oh, novia sabia!

¡oh, novia bella!

a los ancianos los ama ella, como a los niños, y a las doncellas, como a los jóvenes y, a las abuelas;

a todos ama, a todos besa, a su caricia todos se duermen, y, de ese sueño, nadie despierta;

¿su nombre?

es bello, como un Poema;

¿quieres saberlo?

la MUERTE....

¡oh, Amada noble! ¡oh Amada bella!...

¡cómo eres santa! ¡cómo eres buena! tan
compasiva como una madre, e inevitable,
como la pena...

¿por qué no vienes, y, tardas tanto, y,
no te acuerdas que ha mucho tiempo que
yo te espero, que yo te quiero, y, estoy
enfermo de tus amores, y, que suspiro ena-
morado como un mancebo, por las delicias
que dan tus brazos, por el encanto que dan
tus besos?...

¡oh! ven mi amada, toma mi cuerpo, mi
pobre cuerpo triste, y, enfermo, dame tus
brazos, dame tu lecho, mi amor es joven
aunque sea viejo, tu amor, es puro, por-
que es eterno;

ven a mis brazos, que tengo sueño;

ven, que en mis labios, pájaro enfermo,
vive temblando mi último beso...

ven y aprisioname sobre tu seno...

durmamos juntos...

el Sueño Eterno...

II

¡Cómo juega la sonrisa en sus labios juveniles!

cantan sus 'diez y ocho abniles, en la gama de 'su risa;

no es risa con cascabeles, que sienta bien a Arlequín, y al cuello de los lebreles.

es una risa sonora, pero risa con sordina; misteriosa, cristalina, como una fuente que llora...

su risa suave y, calmada, no refleja, en su mirada, resplandores de alegría; quedan tristes y serenas, sus pupilas nazarenas, llenas de melancolía...

¿por qué es triste?

sus oídos no escuchan los alaridos de un gran pasado que llora;

su presente es una aurora;

nada calma su quietud, serena y, resplandeciente...

¿el porvenir, en su frente, hace esa huella sombría?

¿algún amor?

todavía parece que aun no lo siente...

todo corazón humano, es un misterio que implora...

a veces el alma llora, sin saber cual es su pena...

atados a una cadena, que no sabemos romper, hay en nuestro propio sér, algo que no adivinamos; lloramos en el placer, gozamos en el dolor, y odiamos en el amor...

tal vez por no padecer, llora esa alma sensitiva...

su juventud es cautiva, del dolor de no saber...

que no llegue a comprender lo que hay de triste en la vida...

¿por qué me parece ver que hay un resplandor suicida, que lanza tristes destellos, en la mirada sombría de aquellos ojos tan bellos, llenos de melancolía?

no lo puedo asegurar;
¿el Misterio de las almas, quién lo sabe
adivinar?

III

La rosa de nácar temblaba en el tallo;
tenía la palidez de un niño enfermo...
al tocarla mi mano, temblaba...
¡oh!, la pálida rosa del Misterio...
era como una ánfora que guardaba el
alma del Secreto...
toqué la rosa...
cayeron los pétalos...
uno, a uno, como almas muy blancas...!

en la tarde, volaron dispersos;
y, se fueron...
perfumando las frondas, unas tantas ca-
yeron al río...
fué un naufragio de blancos esfebos;
otros, ténues se alzaron, volando en las
alas prófugas del viento...
fué una fuga de ensueños...
• • • • •
era de oro la paz de los cielos...
de violeta, la paz de los campos;
salmodiaba la tarde sus rezos;
y, vagaban aún en el aire...
los últimos pétalos;
con perfumes extraños;
y, ritmos diversos;
y, caricias sedosas,

y, rumores de beso...

• • • • •
La rosa desflorada de mi Vida, había en-
tregado al aire sus secretos;

y, ellos volaban, y, ellos cantaban en la
paz inmutable del sendero;

en la gran esmeralda de la tarde;

bajo el ciborio de oro de los cielos;

como un cántico....

como un lamento...

• • • • •
• • • • •

Quedó temblando el tallo solitario, en la
paz armoniosa del Silencio...

errabunda el alma de la rosa desflorada
del Misterio.

y, sus pétalos cayeron uno, a uno, como
en el fondo de un sepulcro abierto...

que espera un cadáver...

¿a dónde está el muerto?

ya llega, marchando, nadie lo trae; ese
muerto es voluntario;

sereno se extiende en su lecho de piedra...

Lázaro vencido, renuncia a su lepra;

se corona con los pétalos blancos de las
rosas muertas;

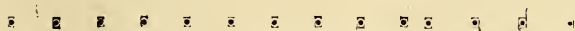
escupe a los cielos, la saliva divina de
su desprecio;

se tiende en su tumba;

y, cierra los ojos, ante ese Poema de paz
de los cielos...

y, entra en el Misterio del corazón sagra-
do de la Tierra;

.



Yo, conozco a ese muerto...

todos los días, lo miró reflejado en la
luna de mi espejo...

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
En los jardines de Eros	7
La sombra del laurel	97
Ofertorios	105
En las playas de la Estigia	129
Epinicio	201
Misericordia	225
Verba Nupcial	239

MUSEU CENTELLAS

MARAVILLAS AMERICANAS



CURIOSIDADES GEOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS, PERSPECTIVAS, TRADICIONES, LEYENDAS, EPISODIOS HISTÓRICOS, ALGO DE TODO

POR LA

BARONESA DE WILSON

Este libro de la escritora más popular en América, es ameno, entretenido, curioso y en extremo atrayente e instructivo. Puede clasificarse entre los que proporcionan, no sólo grato solaz, sino encanto singular, que se renueva a cada página, cautiva el ánimo y le suspende con las brillantes descripciones, los bosquejos de costumbres interesantes, los episodios sensacionales que relata con singular maestría.

Enlázase en el conjunto de la obra lo primitivo con lo prehistórico, la época contemporánea con la colonizadora ; y sus cuadros, en fin, trazados a vuela pluma constituyen fieles copias de la vida americana.

Dos tomos de 240 y 224 páginas con 56 grabados fotográficos

5 PESETAS



RARE BOOK
COLLECTION



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
P63
1918

